

LA CIUDAD ANTIGUA: ASPECTOS ECONÓMICOS E HISTORIOGRÁFICOS

The Ancient City: Economic and Historiographical Aspects

Carlos G. GARCÍA MAC GAW

Doctor en historia por la EHESS.

Universidad Nacional de La Plata. Universidad de Buenos Aires

e-mail: cgmaccaw@hotmail.com

Fecha de aceptación definitiva: 24-09-2008

BIBLID [0213-2052(2008)26;237-269]

RESUMEN: En el artículo se analiza a la ciudad antigua clásica desde el punto de vista económico, tratando de superar el marco planteado por el debate abierto entre primitivistas y modernistas. Se intenta estudiar la economía de la ciudad en tanto economía política que explica el conjunto de las relaciones sociales de la ciudad-estado, lo que es significativamente diferente del desarrollo de relaciones mercantiles pensadas como «economía» o «esfera económica independiente». Se trata de destacar que las relaciones mercantiles tienen un lugar en la economía política de la ciudad-estado en tanto son fundamentalmente la expresión de relaciones de circulación y distribución de la renta agraria precapitalista.

Palabras clave: Ciudad-estado, economía, primitivistas, modernistas, economía política.

ABSTRACT: In this article the ancient classic city is analyzed from the economic point of view, trying to overcome the debate opened between primitivists and modernists. The economy of the city tries to be studied meanwhile political economy that explains the set of the social relations of the city-state, which is significantly different from the development of mercantile relations thought as «economy» or «economic independent sphere». It reinforces the idea that the mercantile relations have a place in the political economy of the city-state meanwhile they are fundamentally the expression of relations of circulation and distribution of the agrarian precapitalist revenue.

Key words: City-state, economy, primitivists, modernists, political economy.

Es mi intención discutir en este artículo el papel que tiene la ciudad desde el punto de vista económico en el mundo antiguo clásico. Esta discusión se inscribe en un marco mayor que colorea los estudios de la Antigüedad clásica en relación con la forma en que los historiadores interpretan los aspectos económicos en el mundo antiguo, la cual será retomada sólo en forma parcial. Desde la publicación de *La economía de la antigüedad* por parte de M. Finley se ha organizado un importante debate entre los así llamados historiadores «primitivistas» y «modernistas», quienes encarnan dos formas antitéticas de percibir los fenómenos económicos¹. Este conflicto intelectual es la expresión de una dinámica vivacidad que ha recorrido nuestra disciplina durante los años 80 y 90. Trataré de analizar la cuestión desde la perspectiva de la ciudad, sintetizando algunos de sus aspectos historiográficos con la intención de presentar luego algunas conclusiones finales².

* * *

El proceso de urbanización en general ha sido tomado como un indicador de la creciente complejidad de las relaciones sociales en directa relación con el surgimiento del estado en las sociedades primitivas³. La ciudad en el mundo antiguo clásico aparece como un espacio geográfico de densificación de las relaciones sociales. El surgimiento del estado en la Grecia continental e insular, después del derrumbe de la cultura micénica, está ligado indisolublemente al desarrollo de las estructuras de la *pólis*. Esta forma de organización social será igualmente dominante en el mundo romano a través de la poderosa influencia que ejerce la Magna Grecia sobre las zonas del Lacio y la Etruria, que verán luego el surgimiento de la ciudad de Roma. Después de la expansión romana la ciudad se vuelve sinónimo del proceso de romanización en las provincias occidentales. Especialmente durante el alto imperio fue el lugar en donde los individuos adquirieron la ciudadanía romana, y en donde el derecho, las instituciones, el género de vida y la cultura se modelaron bajo el ejemplo romano⁴.

Para los historiadores del mundo antiguo clásico la ciudad resulta un aspecto central en sus análisis. Éste es un viejo tema que ha sido profusamente tratado. Comenzando por Fustel de Coulanges, siguiendo luego por Weber, y finalmente, desde hace unos años, colocándose como un aspecto central en las discusiones alrededor de la economía en el mundo antiguo —especialmente a partir de la aparición de *La economía de la antigüedad*, de M. Finley—. Esta problemática, la relación entre la ciudad antigua y la economía, es la que retomaremos aquí con el objeto de discutir la pertinencia de incluirla como un aspecto central en la caracterización de las sociedades griega y romana⁵. Para los historiadores de la Antigüedad la relación

1. Definidos claramente por MEILLASSOUX, C.: «Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'auto-subsistance», *Cahiers d'études africaines* 1-4, 1960, pp. 38-67, 38-39. No en función de los apelativos aquí indicados aunque sí por sus inclinaciones teóricas.

2. Para tener una idea más acabada de este debate véase el volumen de homenaje editado por SCHEIDEL, W. y VON REDEN, S.: *The Ancient Economy*. Routledge, New York, 2002, especialmente los artículos introductorios de CARTLEDGE, P.: «The Economy (Economies) of Ancient Greece», pp. 11-32, y ANDREAU, J.: «Twenty Years after *The Ancient Economy*», pp. 33-49.

3. Véase por ejemplo REDMAN, Ch.: *Los orígenes de la civilización*. Crítica, Barcelona, 1990, pp. 276 y ss., donde se presenta un estado de la cuestión. Sobre el proceso de urbanización véase el trabajo pionero de GORDON CHILDE, V.: «The Urban Revolution», *Town Planning Review*, vol. 21, 1950, pp. 3-17.

4. LEPELLEY, C.: *Les cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire*, 2 vols. Paris, 1979-1981, I, 12.

5. Véase la relación que establece ANDREAU, J.: «Twenty Years...», p. 42.

campo/ciudad se organizó desde la perspectiva de un evolucionismo cultural, identificándose la urbanización como expresión de progreso. Pero, con el andar del tiempo, estas posiciones fueron criticadas de tal forma que la ciudad terminó siendo percibida esencialmente a partir de la noción de parasitismo social⁶. Como veremos a continuación, algunas de esas ideas encontrarán abono en el estudio que Weber realiza sobre la ciudad, especialmente el recorte que se establece en función de su concepto de una ciudad conformada por consumidores⁷.

Finley rastrea la matriz de la reflexión historiográfica sobre el tema remontándose a finales del siglo XIX: la ciudad pensada como estado fue tratada primeramente por Fustel. Luego encuentra en la obra de Bücher, Sombart, Weber y Marx una línea de pensamiento que puede seguirse respecto de la ciudad antigua, sin que necesariamente para ninguno de ellos en particular este tema haya sido su objeto de análisis específico. Pero es importante destacar su disgusto ante la idea de aspirar a crear un único modelo de comprensión para las ciudades preindustriales e industriales, y reconoce que los historiadores y sociólogos han establecido muy pocos parámetros para diferenciarlas⁸.

Por mi parte creo necesario destacar que no tomaré a la ciudad como un tema en sí mismo, sino que, por el contrario, a pesar de tener un lugar central en la organización de las relaciones sociales en la Antigüedad clásica, es un elemento entre otros que permiten entender la lógica del funcionamiento social. Como señala Andreau, no resulta claro que la ciudad establezca un cuadro pertinente para analizar la vida económica del mundo grecorromano⁹. Convendría ir un poco más allá y realizar un proceso de abstracción que permita entender ese lugar de importancia desde el punto de vista económico-social que la ciudad adquiere en las formaciones sociales del mundo grecorromano. Y si bien es verdad que se podría hablar de economías antes que de una economía —especialmente durante el período anterior a la expansión romana en donde impera la estructura de la *pólis* autónoma—, al igual que se podrían señalar importantes diferencias entre las ciudades griegas y las romanas, partimos de la idea de que es factible realizar la abstracción conceptual de una economía propia de las relaciones sociales en la *pólis*¹⁰. Observemos un poco más detenidamente algunos de los estudios realizados en torno a este tema.

6. FINLEY, M. I.: *La economía de la antigüedad*. FCE, México, 1982, p. 176, LEVEAU, PH.: «La ville antique et l'organisation de l'espace rurale: villa, ville, village», *Annales ESC*, 4, 1983, pp. 920-942, 920, y LEVEAU, PH.: «La ville antique, «ville de consommation»? Parasitisme social et économie antique», *Études rurales*, 89-90-91, janv.-sept., 1983, pp. 275-289.

7. FINLEY, M. I.: *La economía*, pp. 175-176.

8. FINLEY, M. I.: «La ciudad antigua: de Fustel de Coulanges a Max Weber y más allá» en ÍD.: *La Grecia antigua: Economía y sociedad*, Crítica, Barcelona, 1984, pp. 35-59, 35 y 39-40. Véase también WHITTAKER, C. R.: «Do theories of the ancient city matter?», en ÍD.: *Land, City and Trade in the Roman Empire*. Variorum Reprints, Hampshire, IX, 1999, pp. 1-20 y «The consumer city revisited: the vicus and the city», en ÍD.: *Land, City...*, VIII, pp. 110-117.

9. ANDREAU, J.: «La cité antique et la vie économique», en *La Città antica? La cité antique?*, *Opus*, VI-VIII, 1987-1989, pp. 175-185, 181.

10. Algunas de estas cuestiones tratadas en CARTLEDGE, P.: «The Economy (Economies)...». ANDREAU, J.: «Twenty Years...», p. 48, y «La cité antique...», p. 183, sobre las diferencias entre las ciudades griegas y romanas.

LA TIPOLOGÍA DE LAS CIUDADES: FUSTEL, WEBER, FINLEY

Es verdad que en *La ciudad antigua* Fustel no desarrolla ningún análisis centrado en la cuestión de la economía o en el papel que el comercio tuvo para la evolución histórica de la *polis*. Sin embargo su trabajo tiene el valor de haber focalizado el objeto de estudio. Su interés se centra en el papel que tuvo la religión en la evolución de la ciudad-estado, y como fundamento de la construcción de poder de los sectores dominantes. Se pueden encontrar algunas anotaciones marginales en donde se puede observar su juicio en relación con esta cuestión. En el apartado sobre la constitución de las «aristocracias de riqueza» (período que el autor coloca *a posteriori* de las reformas solonianas y de Servio Tulio), señala que en Atenas, «en donde había pocas fortunas territoriales y la riqueza provenía sobre todo de la industria y del comercio, la inestabilidad de las fortunas suscitó antes la envidia o la esperanza de las clases inferiores y la aristocracia fue más pronto atacada». Es decir que se establece una correspondencia entre el desarrollo del comercio y la crisis de la ciudad-estado. Según Fustel en el comercio todos los beneficios eran para el rico, a la vez que se establece una correspondencia negativa entre el desarrollo de la artesanía (la «industria»), monopolizada por el trabajo esclavo, y la carencia de trabajo para los ciudadanos libres. Sin embargo se puede encontrar muy poco más de lo que se podría considerar un razonamiento propiamente económico sobre las estructuras de la *polis*¹¹.

Según indica Finley, el primero que formuló una teoría económica de la formación de la ciudad fue W. Sombart, quien señalaba «la relación necesaria entre el fenómeno de la ciudad y el sistema económico predominante». Sombart desarrolló estas ideas sobre la ciudad en relación con el período medieval y su foco de análisis era el surgimiento del capitalismo moderno. Algunas de esas ideas habían sido adelantadas antes por Bücher, quien basado en Rodbertus y su teoría evolutiva de las cuatro fases económicas (recolectora, pastoril, agrícola, comercial) estiraba la última con otras tres fases, entre las cuales se encontraba una economía de la ciudad¹². Vale decir que aquí se adelantaba la idea de una fase económica propia de la evolución social basada en la economía citadina. Fue en realidad Weber quien aplicó estas ideas a la ciudad antigua, seguido luego por Finley.

En *Economía y Sociedad* Weber incluye un capítulo en donde estudia a la ciudad, dentro del marco más amplio de análisis de una sociología de la dominación, como así llama al capítulo en donde se enmarca este trabajo¹³. El interés del autor no se centra en la ciudad antigua, sino que como veremos, en varias partes la utiliza como base para contrastar con la ciudad medieval y moderna. Señala también semejanzas y diferencias con las ciudades orientales, ya sea del período antiguo como del moderno (Mesopotamia, Cercano Oriente, Egipto, China, Japón y también las ciudades de la India). Dentro de una metodología comparativa, procura la elaboración de un concepto modélico de «ciudad» que se contrasta con las constataciones empíricas. Así Weber indica que «por todas partes, pues, los tipos se difuminan unos

11. COULANGES, F. DE: *La ciudad antigua*. Península, Barcelona, 1984, pp. 332-333.

12. FINLEY M. I.: «La ciudad antigua...», pp. 44-45. El autor planteaba también una diferencia entre las relaciones ciudad-campo entre la era medieval y la antigua. Mientras que en la época medieval existía una separación de funciones económicas entre ciudad y campo, en la antigüedad la ciudad era un mero centro de consumo; ÍD., p. 47.

13. WEBER, M.: *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, 1987, pp. 938-1046: Capítulo 9.8: «La dominación no legítima (Tipología de las ciudades)». Este sub-capítulo fue publicado primeramente en forma independiente en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, t. 47, 1921, pp. 621 y ss., bajo el título «La ciudad».

en otros en la realidad. Pero esto se aplica a todos los hechos sociológicos y no debe impedirnos la comprobación de lo típico»¹⁴.

Señala Weber que si se intenta realizar una *definición económica* de ciudad (y, aunque no es expreso, puede deducirse que habla de la ciudad moderna) habría que indicar que la mayoría de sus habitantes vive del producto de la industria o del comercio y no de la agricultura¹⁵. Realiza una clasificación general en ciudades de productores, de consumidores y de mercaderes, y el elemento central en esta clasificación es el hecho de que existe en ellas un mercado no ocasional sostenido por una clase importante de consumidores, más allá de cómo se organice económicamente esta clase, o de que, como en el caso de la ciudad de productores, los mismos obreros son a la vez consumidores que amplían las bases del mercado urbano. Esto no excluye la coexistencia de ambos tipos de economía (*oikos* –economía natural– y mercado)¹⁶. En particular la ciudad de consumidores aparece como un lugar de residencia de rentistas (pueden ser terratenientes, una corte principesca o rentistas urbanos) que conforman un mercado que sostiene a los artesanos y mercaderes. Ninguna de estas clasificaciones aparece como propia del mundo antiguo, sino que más bien se observan como variantes en donde se presentan los elementos que considera como necesarios para la definición económica de ciudad¹⁷.

Luego analiza la relación de las ciudades con el campo y marca la existencia de «ciudades agrarias», sedes de un tráfico de mercado y de industrias urbanas distintas de las aldeas, donde una ancha capa de sus habitantes cubre sus necesidades a partir de una economía propia y hasta produce para el mercado. Weber indica que ciertamente en las ciudades típicas de la Antigüedad (*polis*) sus habitantes se sustentaban por el cultivo propio, de esta forma el derecho pleno del ciudadano se caracterizó en su origen porque era propietario de un *kleros*, *fundus*, por lo tanto se trataba de un «ciudadano labrador»¹⁸.

Weber trasciende la simple enumeración de los elementos que constituyen la «economía urbana» («el mero hecho de la coexistencia de comerciantes o industriales, y el abastecimiento regulado de las necesidades cotidianas por el mercado no agotan el concepto de “ciudad”»), y entiende que la ciudad es una *asociación económica*, y por lo tanto existe una política económica urbana orientada a satisfacer las necesidades, una *regulación* de las relaciones de cambio y de producción. Por lo tanto el concepto de ciudad tiene que ser acomodado, además de a los conceptos económicos, a los conceptos político-administrativos¹⁹. La ciudad medieval en el sur europeo (a diferencia del norte) fue residencia de la nobleza,

14. WEBER, M.: *Economía y Sociedad*, pp. 964 y 996.

15. Vale la pena indicar que el trabajo prácticamente comienza con esta definición, con lo cual en realidad buena parte de las ciudades griegas y romanas quedaría desde el inicio fuera de la caracterización de «ciudad». Sin embargo el propio Weber más adelante también incluye un tipo de ciudades antiguas cuya economía se centra especialmente en la explotación agraria. Véase más adelante.

16. Íd., pp. 938-939, 941-942.

17. Así encuentra ciudades que carecen del apoyo de un príncipe (dentro de lo que caracteriza como ciudades principescas –que caracteriza como consumidoras–), que son producto de la reunión de «intrusos, piratas o comerciantes colonizadores [...], y este fenómeno ha sido bastante frecuente en las costas mediterráneas en los primeros tiempos de la antigüedad», p. 940. Igualmente dentro de su caracterización de la ciudad de productores señala aquellas en donde «existen en la localidad industrias artesanales cuyos productos se envían fuera (tipo asiático, antiguo y medieval)», p. 941.

18. Íd., pp. 942-943.

19. Íd., pp. 943-945. Reproduzco las itálicas que están en el texto de Weber.

como en la antigüedad. Pero a ello se añade como algo decisivo el que la ciudad constituye una asociación de ciudadanos o burgueses dotados de órganos especiales y estando sometidos a un *derecho común* exclusivo, constituyéndose así en miembros de una comunidad jurídica estamental²⁰. Esta ciudad es además una asociación ritual, y también posee, como ayuntamiento, una propiedad²¹. Este concepto de «ayuntamiento» por oposición al de «estado» se destaca especialmente cuando las ciudades se articulan dentro del gran estado helenístico o romano que les arrebató su autonomía política²². Se desarrolla luego un largo segmento en donde se sigue una evolución histórica de la ciudad micénica a la del período homérico y luego al arcaico. Weber hace gala allí de un conocimiento refinado y actualizado de la información disponible para su época respecto del mundo antiguo griego y romano. Probablemente uno de los aspectos importantes para señalar es la caracterización de la aristocracia como una clase que, si bien no desdenaba la ganancia por sí misma, se veía constreñida por obligaciones estamentales que condenaban «la forma racional de explotación «burguesa», en este sentido especial, de la actividad lucrativa: la actividad lucrativa sistemática». Así la pertenencia al grupo estamental se caracterizó por los elementos de participación política en la genealogía familiar, y en la condena a ciertas prácticas propias de otros grupos sociales²³.

Al comparar las instituciones del período antiguo romano y de las ciudades medievales italianas Weber señala «semejanzas sorprendentes [...], a pesar de grandes diferencias políticas, sociales y económicas». Y como explicación argumenta que no existen infinitas formas técnico-administrativas para gobernar a los estamentos dentro de una ciudad, y por ello «no deben ser interpretadas como superestructuras semejantes sobre las mismas bases económicas, sino que tienen sus propias leyes». Es decir, que se refuerza aquí la idea de condiciones históricas propias para cada época que permiten entender las formas en que se articulan las instituciones²⁴.

Weber destaca algunos elementos distintivos del proceso histórico en la ciudad antigua, como la voluntad de que no se profundizara la diferenciación económica y la existencia de los esclavos que conspira en contra del desarrollo de asociaciones de gremios, como en el medioevo. Indica que el «capitalismo antiguo» estaba orientado políticamente, es decir apuntaba a la satisfacción de las necesidades del Estado (suministros al Estado, construcciones públicas, créditos al Estado, expansión política y botín de esclavos, tierras, tributos)²⁵. Los campesinos procuraban el imperialismo en tanto que soldados hoplitas, y la «pequeña burguesía urbana» se hallaba interesada en rentas directas e indirectas provenientes de las comunidades sometidas. Así se marcan claramente las diferencias de los fines y medios políticos de la democracia antigua con la medieval. El sistema de la participación a través de los demos explica en la ciudad antigua la posición dominante de las capas rurales: «Esto quiere decir que en la Edad Media quien encarna la «democracia»,

20. Aspecto especialmente desarrollado en el punto § 3. «La ciudad de linajes en la Edad Media y en la Antigüedad» (pp. 975 y ss.).

21. WEBER M.: *Economía y Sociedad*, pp. 958-959.

22. ÍD., p. 961.

23. ÍD., p. 977.

24. ÍD., p. 1.004. Tanto en los elementos económicos como políticos, Weber claramente diferencia los procesos históricos antiguo y medieval del moderno, más allá de que entiende que el proceso histórico medieval es imprescindible (pero no es su verdadero portador) para llegar al nacimiento del capitalismo y el Estado moderno, p. 1014.

25. ÍD., pp. 1.025-1.027; véase también 1.033-1.034.

desde un principio, es la *industria* mientras que en la Antigüedad, en la época de Clístenes, los *agricultores*». Así se señala que «la situación política de los burgueses de la Edad Media les señala el camino del *homo oeconomicus*, mientras que en la Antigüedad la *polis* mantiene en período de esplendor su carácter de asociación militar superior por la técnica militar. El ciudadano antiguo era un *homo politicus*»²⁶. Se puede ver claramente a través de estos ejemplos cómo para Weber la ciudad antigua está muy lejos de ser un anticipo del capitalismo moderno, aún cuando comporte el título de «consumidora» o «asentamiento de mercado». Tampoco su análisis se restringe exclusivamente a los aspectos económicos, y menos a lo que llamaríamos fenómenos de mercado en la jerga weberiana, sino que, por el contrario, realiza una aproximación polifacética a la problemática de la ciudad antigua²⁷. El autor indica que la ciudad medieval, bajo el control de los gremios, es una organización orientada hacia la adquisición mediante una *economía racional*, a diferencia de la época de la *polis* independiente, donde la voluntad de conquista en función de la obtención de rentas y botines es dominante. La desaparición de la libertad urbana en la época helenística y romano-tardía hizo cambiar estas condiciones al destruir las probabilidades de obtener ganancias económicas para los ciudadanos por la vía de la política guerrera²⁸. En la medida en que el autor parte de la ciudad como asociación económica, sostiene que las regulaciones sobre las relaciones de cambio y producción llevan a acomodar el concepto de ciudad en relación con los aspectos político-administrativos. En ese sentido es que se puede entender al burgués como *homo oeconomicus* y a la democracia moderna burguesa como resultante de los factores económicos fundantes que la constituyen. La caracterización del ciudadano antiguo como *homo politicus* pone justamente en el centro de la discusión el papel de los factores económicos en el marco de las ciudades antiguas en relación con los factores políticos²⁹. Es más, incluso acotaría (a riesgo de generalizar una situación que no necesariamente debería corresponderse con todos los ejemplos, aunque sí probablemente resultaría dominante) que el desarrollo de los aspectos económicos de mercado resultaría en un segundo orden respecto de las funciones político administrativas que le cabían a las ciudades antiguas, o, en todo caso, que serían consecuencia (es decir serían efecto, y ocuparían un lugar secundario) de tales desarrollos de orden primario (que podríamos caracterizar como «causa»).

26. Íd., pp. 1.029, 1.030 y 1.035.

27. De todas maneras es necesario recordar que este capítulo tiene por fundamento observar los aspectos económicos en la definición de ciudad, a partir de los cuales analizará el desarrollo de las relaciones capitalistas. Véase BRUHNS, H.: «Max Weber, l'économie et l'histoire», *Annales HSS*, 51, 1996, pp. 1259-1287, 1278.

28. WEBER, M.: *Economía y Sociedad*, p. 1042. He destacado «economía racional», porque parecería que la conquista militar, en contraposición, no lo fuera. Existe un presupuesto detrás de esta formulación, que no comparto, obviamente. Justamente, la acumulación por conquista tiene una racionalidad propia, aunque distinta de «una organización orientada hacia la adquisición». Por otro lado no encuentro una mayor racionalidad en la voluntad de acumulación capitalista cuyos resultados ecológicos a escala planetaria progresivamente se hacen evidentes, con poco o nada de lo que llamaríamos «criterios racionales».

29. No es mi interés centrarme en el análisis de la obra de Weber, pero cabría preguntarse por qué este autor no desarrolló un análisis más cabal de los aspectos políticos del funcionamiento de la *polis*. Véase ahora la crítica que el mismo FINLEY, M. I.: «Max Weber y la ciudad-estado griega», en Íd.: *Historia antigua. Problemas metodológicos*. Crítica, Barcelona, 1986, pp. 133-156, 141-149, le hace a Weber sobre su uso del concepto de carisma como una de las formas típicas de dominación que explicaría el liderazgo de los demagogos en Atenas.

El énfasis puesto por Weber en destacar algunas de las particularidades de las ciudades antiguas sirve como fundamento a la idea de Finley de poder construir un «tipo» de ciudad antigua, en contraposición a otros períodos históricos:

He llegado al final, refiriéndome todavía a *la* ciudad antigua. ¿Es una categoría justificable? La cronología sola no es un argumento a favor, como tampoco es un argumento en contra la innegable variedad de las ciudades antiguas. Mi defensa es simple. La ciudad no existe aisladamente: es parte integrante de una estructura social más amplia, una institución básica en el mundo grecorromano. A menos que –y hasta que– investigaciones concretas como las apuntadas demuestren, teniendo en cuenta las excepciones, que las ciudades grecorromanas no tuvieron todas factores comunes de peso suficiente para justificar tanto su inclusión en una categoría específica, como su diferenciación de la ciudad oriental y la medieval, considero que es metodológicamente correcto mantener la teoría de que la ciudad antigua era un tipo³⁰.

Finley, entonces, asume la voluntad weberiana de acercarse al conocimiento a través de una metodología comparativa, en donde la construcción de un «tipo» ideal sirva como contraste para el estudio de caso. Como se puede observar, del texto weberiano se saca la conclusión de que no existe «una» ciudad antigua, sino que el autor señala características particulares de algunas de ellas, así como de períodos distintos que caracterizan sus desarrollos históricos. De esta forma se puede incluso elaborar una tipología de las ciudades antiguas según la dominación de las elites, de la plebe, del Imperio, etc. Sin embargo debemos convenir en que en Weber está presente la voluntad de construcción de *un* tipo ideal en función del análisis del surgimiento de la sociedad capitalista. Finley argumenta que parte del interés de la obra de Weber sobre la ciudad antigua se desplaza del interés sobre sí misma, y se plantea el interrogante de por qué esta ciudad no fue el paso inicial para los comienzos de una economía capitalista cuando entendía que estaban presentes algunos de sus componentes³¹. Whittaker, por su parte, señala que categorías como ciudad-consumidora, o ciudad-productora, sirven solamente para identificar una función histórica particular de la ciudad en relación con esta cuestión y no para realizar una teoría general de la misma³². Incluso cabría preguntarse sobre la viabilidad de poder establecer una «teoría general de la ciudad», como este autor plantea, como no sea en relación con otros factores propios de cada sociedad.

La lectura de «La ciudad» de Weber en realidad no me ha llevado a una conclusión similar a la de Finley, y la que otros historiadores asumen como evidente. Como ya ha señalado H. Bruhns, los especialistas de la economía antigua tienen una tendencia a resumir las contribuciones de Weber a la disciplina en algunos conceptos y teorías, y lo leen frecuentemente a través de Finley o Polanyi. Finley tomaba el modelo weberiano de la ciudad antigua, de acuerdo a su interpretación, como un punto de referencia intelectual por excelencia e interesándose menos por los conceptos que Weber utilizaba de forma sistemática para el análisis económico. La invocación de este modelo ha servido en general ya sea como un argumento en relación con la discusión entre primitivistas y modernistas, ya sea como un argumento de autoridad teórica,

30. FINLEY, M. I.: «La ciudad antigua...», p. 59.

31. FINLEY, M. I.: «La ciudad antigua...», pp. 51-52. En el mismo sentido WHITTAKER, C. R.: «Do theories...?», pp. 2-3.

32. WHITTAKER, C. R.: «Do theories...?», p. 3.

y es grande la tentación de usarlo como concepto típico ideal³³. La verdad es que tampoco en estas páginas nos centraremos en el análisis económico weberiano en general, pero vale la pena salvar la distancia entre los argumentos que Weber avanza y la lectura que de él hace Finley. En los términos más generales posibles diría que el interés de Finley por el papel económico que tiene la ciudad pasa por reafirmar un recorte sobre el concepto de «ciudad consumidora» aplicado como modelo específico para el mundo antiguo. A diferencia de Weber, quien avanza estudios de casos sobre diferentes tipos de mecanismos comerciales y productivos centrados en el espacio de la ciudad antigua grecorromana y matiza los posibles desarrollos ocurridos por sobre los niveles que podríamos indicar como «típicos», Finley destaca los elementos que dan cuerpo a la idea de «una» ciudad antigua³⁴. Este papel consumidor de la ciudad está orientado básicamente por un criterio de consumo no productivo que presupone la existencia de un mercado cuyo fundamento es complementar las carencias de la producción orientada al autoconsumo y a abastecer las necesidades de una demanda de bienes de prestigio. Esto implica una orientación central de la producción hacia valores de uso que Finley identifica principalmente con el concepto de *oikonomia* que tenían los antiguos³⁵.

Avanzaremos entonces alrededor de la idea de «ciudad consumidora» elaborada por Finley, dejando de lado otras disquisiciones historiográficas sobre su relación con la teoría weberiana. Como se ha indicado, esto nos coloca frente al problema del funcionamiento general de la economía, y especialmente de la profundidad y alcance de las relaciones mercantiles en las sociedades antiguas, y necesariamente nos lleva a analizar aspectos teóricos subyacentes en el concepto de «economía».

LA ECONOMÍA Y LA CIUDAD: SUSTANTIVISTAS Y FORMALISTAS

La reflexión sobre el desarrollo del capitalismo ocurrido a fines de la época medieval y el comienzo de la que llamamos moderna, como se ha visto, ha llevado a estudiar por qué tal génesis no se produjo en otro momento y lugar. Polanyi ha sido uno de los pioneros en adelantar una crítica sistemática a los pensamientos económicos neoclásicos indicando las diferencias inherentes al concepto de «económico». El primer significado es el formal, que surge del

33. BRUHNS, H.: «Max Weber...», 1274-1275.

34. Véase especialmente FINLEY, M. I.: *La economía*, Cap. V, *passim*. DESCAT, R.: «L'Economie antique et la cité Grecque. Un modèle en question», *Annales HSS*, 50, sep-oct., 1995, pp. 961-989, 972, destaca la tendencia a utilizar indiferenciadamente los dos tipos weberianos sobre la ciudad antigua: la tipología económica y el tipo ideal.

35. Véase el desarrollo sobre esto más abajo. Algunas de las ideas sobre la ciudad y el papel del comercio en el mundo antiguo pueden observarse también en WEBER, M.: «La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales», en AA.VV.: *La transición del esclavismo al feudalismo*. Madrid, 1981, pp. 35-57. Allí se destaca que la ciudad es un aspecto central de la cultura antigua y, en relación con los intercambios marítimos y fluviales, aparece como centro de comercio internacional con «poca importancia cuantitativa» que interesaba fundamentalmente a los intereses de las clases poseedoras (pp. 38-39). El desarrollo comercial incentivado por la creciente división social del trabajo (expresión del progreso) en la antigüedad se vio frenado por el límite impuesto por el trabajo servil: el aumento de las necesidades de las clases dominantes llevó al aumento del tráfico de esclavos y a una disminución creciente del comercio que se concentraba especialmente en los poseedores esclavistas (pp. 41-46). El avance hacia las tierras interiores profundizó el asentamiento de los esclavos en la tierra así como el desarrollo de la economía natural, llevando progresivamente a la ruralización, el abandono de las ciudades y la desaparición del comercio (pp. 50-55).

carácter lógico de la relación medios-fines y lo define en términos de escasez. El segundo significado es el sustantivo y parte del sentido evidente de que los seres humanos no pueden subsistir sin un entorno físico que los sustente. Como señala Polanyi «el significado sustantivo nace de la patente dependencia del hombre de la naturaleza y de sus semejantes para lograr su sustento, porque el hombre sobrevive mediante una interacción institucionalizada entre él mismo y su ambiente natural»³⁶. La economía sustantiva debe entonces considerarse en dos niveles, el de la relación entre el hombre y su entorno y el de la institucionalización de ese proceso. Me interesa destacar en particular este último aspecto que el autor basa en criterios desarrollados por Weber sobre el significado de «apropiación», y que se mueve desde un espectro que incluye la adquisición legal de propiedad hasta las disposiciones sobre cualquier posesión valiosa, lo que puede incluir un objeto físico, un derecho, un prestigio o la simple posibilidad de explotar situaciones ventajosas³⁷. En el mismo sentido se expresa el contenido de «economía» para Sahlins cuando afirma que no hay relación social o conjunto de instituciones que sea en sí misma «económica» puesto que cualquier institución, si tiene consecuencias materiales para el aprovisionamiento de la sociedad, puede ubicarse dentro de un contexto económico y considerarse parte del proceso económico. Igualmente la misma institución puede estar implicada en el proceso religioso o político, por lo que también se la debe considerar en ese contexto³⁸. Dentro de la lectura sustantivista, entonces, se puede partir de la idea de que la economía no estructura a las sociedades precapitalistas, sino que por el contrario se integra en el seno de otras instituciones cuyos funcionamientos tienen consecuencias económicas. Así la expresión de Polanyi es que la economía se encuentra «incrustada en la sociedad»³⁹.

En un planteamiento que ya resulta clásico, este autor argumentó que lo propio de las sociedades precapitalistas es que la economía no existe allí en tanto que esfera autónoma, y que motivaciones distintas a la ganancia son las que habrían gobernado a estos sistemas. En las sociedades primitivas se trataría primeramente de un sistema de reciprocidad fundado sobre el don y el contra don. En las sociedades imperiales (Mesopotamia antigua, Egipto faraónico, Persia, China, India, América precolombina) donde se había alcanzado un grado importante de división del trabajo, prevalecía una redistribución controlada por el Estado. Es decir que el parentesco o el Estado burocrático y sus representaciones políticas y religiosas gobernaban la economía de estas sociedades y no el mercado. Aquí podía existir intercambio mercantil, pero jugaba un rol menor. Este intercambio tiene un alcance básicamente local y responde a las necesidades inmediatas de individuos, familias o grupos de débil envergadura. En contraposición el comercio internacional se encuentra en manos de mercaderes especializados y responde a las necesidades de las elites⁴⁰.

Finley retoma algunas de estas ideas en *La economía de la antigüedad* y analiza el carácter que tienen las reflexiones de los antiguos respecto de lo que ellos mismos llamaban «economía». Un buen ejemplo es el *Económico* de Jenofonte, donde no se trata sobre la economía como nosotros la entendemos hoy, sino sobre el arte de administrar el *oikos*. Ello incluye tanto los bienes muebles como las personas, consanguíneos, dependientes libres y esclavos⁴¹.

36. POLANYI, K.: *El sustento del hombre*. Barcelona, 1994, pp. 91-92.

37. Id.: pp. 105-106.

38. SAHLINS, M.: *Economía de la edad de piedra*. Madrid, 1983, p. 203, n. 1.

39. POLANYI, K.: *El sustento*, pp. 121-131.

40. Íd.: pp. 109 y ss.

41. FINLEY, M. I.: *La economía*, pp. 15 y ss.

En el aspecto lexicográfico el sentido literal de *oikonomia* se hizo extensivo en la Antigüedad a la administración u organización de cualquier índole, como por ejemplo los negocios de la ciudad o la administración de los ingresos públicos. Sin embargo en tales obras no existen referencias a los aspectos económicos que pasen de un criterio amplio del sentido común⁴². No existen palabras capaces de traducir conceptos como eficiencia de la producción, insumos, inversión, demanda, circulación, etc. Según Finley, los antiguos carecían de los conceptos que unidos constituyen lo que llamamos «economía», organizando así un sub-sistema diferenciado de la sociedad⁴³. La pregunta del autor es si esto es accidental, puramente intelectual, o si es *consecuencia de la estructura de la sociedad antigua*⁴⁴. Evidentemente su respuesta se inclina por la última posibilidad, ya que entiende que existen «poderosas actitudes sociales y políticas de importantes consecuencias económicas»⁴⁵. Se pone el énfasis en la cuestión del alcance restringido de los mercados en la economía antigua, y en la inexistencia del concepto abstracto de la palabra mercado (sentido que también es intraducible en griego y latín). El autor acepta que limita la «economía» al análisis de un sistema capitalista, pero conviene en que tenemos derecho a plantear preguntas que los antiguos nunca se plantearon sobre su sociedad, y sugiere que para ello deberíamos buscar distintos conceptos y modelos apropiados para la economía antigua, en lugar de los que lo son para la nuestra.

Como señala Andreau, esta visión que presenta Finley resulta finalmente reductora y lineal, comparando especialmente la modernidad con la antigüedad en una oposición binaria que conduce a conclusiones con sentido común que sin embargo no ayudan a comprender su funcionamiento económico. Comparar sociedades preindustriales entre sí podría ayudar a explicar tales mecanismos⁴⁶. Para Andreau, uno de los caracteres fundamentales del análisis económico neoclásico —que orienta las reflexiones de Finley— es plantear la existencia de leyes económicas que valen para todas las sociedades. Las mismas se fundan sobre la división del trabajo y el intercambio de mercancías entre los consumidores⁴⁷. Sin embargo, cuando una sociedad precapitalista no se adecua a esta definición de economía (directamente tomada de la observación de la economía capitalista) se abren dos vías. La primera es tratar de acomodar la realidad de la economía precapitalista a la capitalista, es decir la vía «modernista». La

42. BRESSON, A.: *La cité marchande*. Bordeaux, 2000, pp. 247-249, saca conclusiones diferentes sobre algunas de las fuentes que trabaja Finley, e indica que convendría retener que, cuando se habla de *oikonomia*, la gestión del estado —ya sea éste un reino o una ciudad— es asimilada a aquella del *oikos*; y que es justamente la búsqueda de los *prosodoi* (ingresos) lo que define a ambas gestiones. Véase de manera más general ÍD.: pp. 243-307. Igualmente véase DESCAT, R.: «L'Economie antique ...», pp. 968-969.

43. FINLEY, M. I.: *La economía*, p. 19. Véase la crítica a algunas de estas ideas en ANDREAU, J.: «M. I. Finley: La banque antique et l'économie moderne», *Annali della Scuola Normale di Pisa*, VIII.3, 1977, pp. 1.129-1.152.

44. El destacado es nuestro.

45. FINLEY, M. I.: *La economía*, 203. Como señala el autor, «el poderoso afán de adquirir riqueza no se manifestó en un afán de crear capital; dicho de otro modo, la mentalidad predominante fue adquisitiva, pero no productiva», *Íbíd.*

46. ANDREAU, J.: «M. I. Finley: La banque antique...», p. 1.134.

47. FINLEY, M. I.: *La economía*, p. 22, retoma la definición de E. Roll respecto del «tema» de la economía: «...si consideramos el sistema económico como un conglomerado enorme de mercados interdependientes, el problema central de la investigación económica estriba en la explicación del proceso de cambio, o más concretamente, en la explicación de la formación del precio». Cf. la crítica de ANDREAU J.: «M. I. Finley: La banque antique...», pp. 1.136-1.137.

segunda niega la posibilidad de explicar la economía a partir de tales leyes, como argumenta Finley. Esta última es la visión «primitivista»⁴⁸.

Es decir, que bajo las premisas planteadas por Finley, la lógica inexorable de su análisis lleva a reconocer que la economía es propiamente la economía capitalista y que por lo tanto no existe en la Antigüedad. Por supuesto que corresponde señalar que existe la alternativa de encontrar las «leyes propias» de las sociedades precapitalistas que expliquen su racionalidad económica, algo que desde vertientes de corte marxista ha intentado hacer la antropología⁴⁹.

Llegados a este punto debo señalar un criterio metodológico. Resulta obvio que por mucho que no queramos, nuestros criterios económicos son un presupuesto para el análisis de las sociedades antiguas. De la misma manera que es necesario hacer una «construcción» para entender el funcionamiento de una sociedad de órdenes, es necesario hacer una deconstrucción para entender la economía antigua. Si es factible comprender a tales sociedades (órdenes, estatus) con nuestras categorías, resulta idéntica la idea de aplicar criterios económicos modernos (aunque sea a partir de las diferencias con la modernidad) para entender su funcionamiento⁵⁰. De lo contrario para «comprender» a las sociedades antiguas sólo nos alcanzaría con repetir sus propios conceptos. Sin embargo, analizar una fuente histórica no es otra cosa que interpretarla de acuerdo a nuestras propias percepciones. Por ejemplo, un autor como Bresson critica el hecho de que la perspectiva de análisis se dispare desde el capitalismo, englobando al resto de las sociedades como «precapitalistas». Estas sociedades no son analizadas por sí mismas, sino en relación a la génesis del sistema capitalista, dejando pasar lo esencial de lo que sería la especificidad de un sistema económico. Bresson plantea que si el sistema capitalista desarrollado en la Europa moderna corresponde a mecanismos económicos auténticos, toda sociedad precedente no puede ser considerada sino como un fracaso en relación al ideal al que debería alcanzar⁵¹. Existe una trampa en este razonamiento, y está ligado, justamente con la valoración que se hace de los períodos históricos. Primeramente, es cierto que corresponde plantear la especificidad de los sistemas económicos precapitalistas, por lo que toda forma de producción, distribución, circulación y consumo es un «sistema» económico, o, si se quiere, un modo de producción. En segundo lugar, en relación con el funcionamiento del

48. Aspectos claramente señalados por MEILLASSOUX, C.: «Essai d'interprétation...», p. 38; ANDREAU, J.: «M. I. Finley: La banque antique...», pp. 1.138-1.139. BANAJI, J.: «Review: *The Economy and Society of Pompeii* by W. Jongman», *JRS*, 79, 1989, pp. 229-231, 231, indica que el primitivismo simplemente distorsiona el comportamiento económico antiguo propagando el mito de una racionalidad «pre-capitalista» omnipenetrante olvidando que hasta los campesinos egipcios podían basar sus decisiones en la asignación del trabajo en relación con la asumida rentabilidad de los cultivos. O, señala un poco más adelante, como la proliferación de los estudios sobre ánforas refuerza nuestra capacidad para cuantificar las características y los volúmenes de comercio, resulta evidente que cualquier pintura del Mediterráneo romano que ignore los niveles implicados de actividad agrocomercial, o que quiera degradar en una forma puramente abstracta los motivos comerciales subyacentes en esta actividad, terminará luciendo como embarazosamente arcaica.

49. ANDREAU, J.: «M. I. Finley: La banque antique...», p. 1141. GODELIER, M.: *Racionalidad e irracionalidad en economía*, Siglo XXI, México, 1975; MEILLASSOUX, C.: *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México, 1985; quien aplica el concepto de «economía doméstica» incluyendo dentro de sus variables al parentesco. Véase igualmente SAHLINS, M.: *Economía...*, desde una perspectiva diferente.

50. Véase ahora ANNEQUIN, J.; CLAVEL-LEVEQUE, M. y FAVORY, F.: «Presentación: Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica», en ANNEQUIN, J. y otros: *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica*. Akal, Madrid, 1979.

51. BRESSON, A.: *La cité marchande*, p. 265.

sistema económico de cada sociedad, resulta fundamental el estudio de las diferentes formas en que se organiza el mecanismo de apropiación de excedentes en el proceso de producción. En este sentido la teoría marxista ha señalado claramente la distinción entre la apropiación del plusvalor a través de un mecanismo puramente económico, lo que es propio del modo de producción capitalista, y el resto de los sistemas económicos en donde tal apropiación se produce por mecanismos extraeconómicos. Señalar esta distinción no es un hecho menor, y por supuesto que caracteriza al conjunto de las sociedades precapitalistas de acuerdo al modo en que se obtiene principalmente el excedente sobre los productores directos. Ello no implica reconocer la existencia de un fracaso en relación con el sistema capitalista, sino comprender en profundidad la naturaleza de la especificidad de la economía precapitalista. Esto seguramente no alcanza, y para avanzar en el conocimiento deberíamos de ser capaces de establecer las diferencias concretas existentes entre las diferentes formas de organización de los sistemas económicos precapitalistas⁵². El mismo Bresson indica poco después que a su criterio el peligro principal frente al cual sucumbieron la mayor parte de los seguidores de Polanyi ha sido el del primitivismo, «inherente al concepto mismo de sociedad "precapitalista"». Si bien es cierta la primera aseeración, no ocurre lo mismo con la segunda parte que se transcribe literalmente. El primitivismo no es inherente al concepto de sociedad precapitalista, sino que tal postura se deduce a partir de asumir un criterio formalista, y el mismo se impone tanto a modernistas como primitivistas. La idea de que una economía (capitalista) es más desarrollada que otra (precapitalista) implica un presupuesto evolucionista que coloca como resultado esperable en el proceso evolutivo a la moderna sociedad de consumo. En tal sentido, si se toma como final del proceso al funcionamiento de la economía capitalista, resultará evidente que observar rasgos de esta economía en el pasado presupone encontrar «nichos» o «desarrollos obturados» de una incipiente (y fracasada) economía capitalista⁵³. Al respecto considero que el papel que cumple la ciudad es un punto importante para tener en cuenta a la hora de analizar la especificidad de las estructuras sociales del mundo clásico. Propongo observar ahora algunos estudios de caso.

CIUDADES GRIEGAS, CIUDADES ROMANAS

Finley destaca que en las ciudades antiguas el campesinado local continuó siendo una constante. Estos poseedores de pequeños lotes de tierra, aun aquellos que se encontraban

52. Al respecto véanse las discusiones alrededor del concepto de Modo de Producción Tributario en HALDON, J. y otros: «El modo de producción tributario: una discusión interdisciplinaria», en *Hispania*, 58/3, 1998, n.º 200, y HALDON, J. y GARCÍA MAC GAW, C. G. (eds.): «El modo de producción tributario», en *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, 35, 2003, pp. 7-232. Conuerdo con BRESSON, A.: *La cité marchande*, p. 265, en el peligro de que el concepto de precapitalista termine siendo vago y aplicable a toda sociedad anterior a la capitalista, pero eso no desmerece la validez del mismo. Véanse ahora mis conclusiones en GARCÍA MAC GAW, C. G.: «Conclusiones. Sobre la importancia de los elementos superestructurales en la caracterización de los modos de producción», en HALDON y GARCÍA MAC GAW: *El modo de producción tributario*, pp. 219-232, también ASTARITA, C.: «La discutida universalidad del modo de producción tributario», *Studia Historia Hist. Med.*, 12, 1994, pp. 191-201.

53. Véase PLEKET, H. W.: «Agriculture in the Roman Empire in comparative perspective», en *De agricultura. In memoriam P. W. de Neeve*. Amsterdam, 1993, pp. 317-342, donde el autor plantea la existencia de nichos donde se producirían desarrollos económicos «más capitalistas» caracterizados por un comercio estructural de larga distancia (vino, aceite, granos y objetos de lujo) y la producción de estos bienes para el mercado.

entre los campesinos-ciudadanos libres, representaban el mercado «más ínfimo y menos elástico posible para la producción urbana». En este sentido el mercado de la ciudad está seriamente cuestionado, aun cuando se lo piense acrecentado por la plebe urbana⁵⁴. El autor también descarta a la ciudad como una sede «industrial» capaz de producir bienes para garantizar una balanza de pagos estable. Esta capacidad se basaba esencialmente en cuatro variantes: 1. La producción de su propio *hinterland*. 2. La presencia de algunas «riquezas especiales» (plata, vinos, oleaginosas particularmente codiciables). 3. Exportaciones «invisibles» (comercio y turismo). 4. El ingreso de la propiedad y explotación de la tierra (rentas, tributos, donaciones de clientes, etc.). El autor no enfatiza el tamaño de las ciudades, aun cuando reconoce que en el imperio romano hubo un importante desarrollo urbano, en parte por un crecimiento general de la población y en parte por el aumento del volumen comercial por el enriquecimiento de los sectores aristocráticos. Aunque indica que este proceso fue especialmente una respuesta al crecimiento de un imperio burocrático en reemplazo de la ciudad-estado⁵⁵. Esta «pauta política» está en la base del desarrollo de lo que podríamos señalar como un sector «consumidor», sostenido por los salarios imperiales en consonancia con el progresivo desarrollo de la burocracia estatal. Sin embargo, aun cuando efectivamente este sector social se puede considerar como «asalariado», en la práctica se trata de una redistribución, en el interior de la propia estructura del Estado, del tributo recaudado por el fisco. La dinámica económica que ello genera depende exclusivamente de la capacidad recaudatoria fiscal, y no constituye un sector independiente basado sobre una racionalidad económica alternativa a la clase terrateniente y/o campesina. Vale decir que en este caso *el consumo urbano es un factor de la racionalidad política estatal*.

Hansen, en un reciente artículo, ha realizado una crítica sistemática al concepto de la ciudad consumidora aplicado a la polis griega, que según su opinión aparece todavía como el concepto dominante bajo cuya fascinación se encuentran los historiadores del mundo antiguo y en especial los seguidores de Finley. Nuestro autor parte del análisis de Horden y Purcell (*The Corrupting Sea*) quienes indican que resulta obvio que todas las ciudades son centros de consumo: la civilización, en el sentido estricto de la palabra, es posible solamente cuando una minoría urbana puede vivir con el plusproducto producido por la mayoría rural. Estos autores toman la definición de W. Sombart, quien entiende por ciudad consumidora una que paga para su manutención, pero no con sus productos. Más bien deriva su manutención a partir de reclamos legales, como la demanda de tasas o rentas, sin tener que devolver a cambio otros valores⁵⁶. Este modelo está basado en tres suposiciones: 1) Que existe una oposición entre población urbana y rural. 2) Que la población urbana constituye una parte menor del total de la población. 3) Que tanto en número como en influencia el corazón de la población urbana consiste en consumidores. Hansen critica tales presupuestos, comenzando por el punto 2). A partir de información fundamentalmente arqueológica se estudian los patrones de asentamiento de la Grecia clásica. Se llega a la conclusión de que en el período clásico en una polis griega, la mayoría de la población vivía en el centro urbano y solamente una minoría en el entorno rural. La ratio que parece razonable entre la población urbana y la rural era 2:1 a favor de la primera. Así en la Grecia clásica el grado de urbanización era inversamente

54. FINLEY, M. I.: *La economía*, pp. 194-195.

55. Íd. pp. 196-197.

56. HANSEN, M. H.: «The Concept of the Consumption City Applied to the Greek City», en NIELSEN, T. H.: *Once Again. Studies in the Ancient Greek Polis*, Stuttgart. 2004, pp. 9-47, 9-11.

proporcional al tamaño de la *polis*. Las *poleis* más pequeñas tenían el grado de urbanización más alto, mientras que las más grandes tenían un porcentaje más alto de población asentada permanentemente fuera del centro urbano mayor. Respecto del punto 1), el autor señala que esa información debe ser equiparada con la suposición de que la mayoría del total de la población debe de haberse ocupado de la producción de alimentos, es decir que deben de haber sido granjeros, pastores o pescadores. Si la mayoría de la población de la *polis* era urbana, esto implica que la mayor parte eran granjeros que ocupaban especialmente su tiempo en trabajar la tierra, o pescadores que se hacían a la mar en las ciudades cercanas a las costas. Los historiadores se han centrado especialmente en el primer grupo. Es indudable que la mayor parte de los habitantes de las ciudades pequeñas y medianas eran granjeros que vivían en la ciudad pero trabajaban en el campo, fuera de sus murallas. En contraposición a ello, el modelo de la oposición entre población urbana y rural se corresponde con las *poleis* de gran tamaño como Atenas, en donde una parte regular de la población vivía en el campo⁵⁷. Finalmente el punto 3): en el modelo de la ciudad consumidora planteado por Sombart, y retomado por Horden & Purcell, los habitantes de la ciudad son una clase gobernante que vive de tasas, rentas y rendimientos agrícolas, estos últimos no producidos por una clase de *Ackerbürger* –ciudadanos de la tierra– sino por campesinos que viven en el medio rural cercano. Junto con este grupo habría uno menor de artesanos y comerciantes. Sin embargo para Hansen es altamente improbable que la mayoría de la población de la polis viviera como rentistas. La existencia de un gran sector improductivo presupone la revolución industrial de los siglos XIX-XX. Por lo tanto suponer que la mayoría de la población urbana de la *polis* estaba conformada por rentistas presupone que la población urbana era minoritaria respecto de la rural. En ese caso los rentistas constituirían una minoría de la población. En vista de que partimos de la evidencia de que las dos terceras partes de la población de la *polis* griega es urbana, el modelo de Sombart no es aplicable. Como se puede observar el modelo es inaplicable en los tres aspectos estudiados. La *polis* clásica pequeña y mediana tiene mayoría de población urbana (2/3 de la misma). En lugar de una división entre población urbana y rural más bien encontramos un *continuum* de habitantes que vive en la ciudad pero trabaja en el campo. La clase urbana de rentistas debe de haber sido más bien un grupo pequeño en relación con una mayoría de granjeros, pescadores, artesanos y comerciantes. Las conclusiones del artículo señalan que el modelo de la ciudad consumidora no es aplicable a la mayoría de las ciudades griegas, y que en realidad encaja adecuadamente en el caso de Esparta, que, de todas las antiguas ciudades griegas permanece como el ejemplo histórico mejor conocido de la ciudad consumidora sombartiana⁵⁸.

Hansen no entra aquí en el análisis de la relación necesaria entre la tierra disponible del *hinterland* y el número de habitantes que dependen de la producción en tales tierras, sino que sus estimaciones numéricas se centran en la concentración demográfica estimada sobre la superficie del área propiamente urbana. Éste es un aspecto importante para la caracterización de la ciudad consumidora en la medida en que permite explicar el mayor o menor grado de dependencia de una ciudad en relación con su entorno productivo, y, en función de ello, su relación con el comercio de larga distancia. Aun cuando de la relación entre superficie potencialmente productiva del entorno rural y número de habitantes se puedan hacer estimaciones,

57. Sin embargo, incluso en grandes ciudades como Tebas y Atenas se constata una presencia importante del sector social que Weber define como *Ackerbürger*: HANSEN, M. H.: «The Concept...», p. 18.

58. HANSEN, M. H.: «The Concept...», pp. 21-22.

algunas de las ideas de Whitaker señalan la amplitud de respuestas probables para el análisis de tales problemas. El autor critica el modelo de la «ciudad de servicios» (*service-city*) de Engels así como sus estimaciones para el caso de la Corinto romana y señala que en ciertas ciudades como en Cartago y Alejandría las posesiones de sus habitantes no necesariamente se circunscribían al territorio propio de la ciudad, sino que se extendían sobre áreas periféricas con cierto grado de proximidad. Esto en la práctica reduce las necesidades de un comercio con el exterior y refuerza la idea del autoconsumo⁵⁹. Whittaker refuerza estas ideas recurriendo al estudio de Ph. Leveau sobre Cesarea, donde aparece la existencia de un vínculo estrecho entre la ciudad y las *villae* rurales de sus alrededores. Esto disuelve de alguna manera la posición de los *potentes*, que a la vez eran la elite urbana, como la clase rentista a partir de la cual Weber construye su modelo de ciudad consumidora. Ellos abastecían muchas de las necesidades de la ciudad (propias y de sus dependientes) y no necesitaban manufacturar bienes para intercambiar⁶⁰.

El caso de Atenas merece una atención especial puesto que la posición dominante de la documentación proveniente de esta ciudad (lo que Hansen señala como «Athenocentric view of the polis») tiñe el conjunto de nuestra información sobre el mundo griego. Cabe destacar que este autor encuadra el caso de Atenas en lo que Weber califica como un tipo de ciudad mercantil, donde se encuentra una economía de mercado antes que una economía «incrustada»⁶¹. En esta misma dirección algunos autores han indicado el impulso de «políticas económicas» avanzadas por parte de las autoridades de ciertas ciudades griegas —en contra de los fundamentos propuestos por la perspectiva primitivista—. Esto habilitaría la posibilidad de poder pensar en términos de mecanismos mercantiles independientes, o despegados del resto de las variables del funcionamiento social, lo que Finley ha señalado como un «sub-sistema independiente». Bresson, por ejemplo, destaca el hecho de que las ciudades griegas de una u otra forma tenían ciertas políticas para garantizar el aprovisionamiento en la medida en que dependían de ello para su subsistencia, en contra de la afirmación de Finley de que las ciudades no tenían políticas económicas de «estado». Un ejemplo son los tratados de importación-exportación que se cierran entre *poleis* con economías complementarias. Aquellas que tenían importantes comunidades de marinos o comerciantes podían desarrollar estructuras institucionales que les permitían ejercer sus actividades en un cuadro jurídico favorable. De igual manera el autor destaca la importancia y extensión de los intercambios mercantiles y la existencia de mercados. La *polis* se procuraba recursos como si se tratara de un particular, es decir que la diferencia entre el Estado (como lo público) y lo privado en este caso no funciona bien. La *polis* era un medio de enriquecimiento colectivo ya que sus instituciones debían funcionar en beneficio de sus miembros. Bresson entiende que una diferencia importante entre las ciudades griegas y los estados del oriente (exceptuando a Fenicia) es el papel que allí tenía el mercado en lugar de una dinámica de la redistribución. Los ciudadanos podían efectuar contratos libremente incluso con extranjeros, y esto diferenciaba a oriente de occidente: el papel central que cumplían las relaciones jurídicas en Grecia⁶². Disiento con Bresson en cuanto a

59. WHITTAKER, C. R.: «Do theories...?», pp. 5-6. Véanse también las reseñas de HOSKINS WALBANK, M.: *JRS* 81, 1991, pp. 220-221; y SALLER, R.: *CPh* 86-4, oct. 1991, pp. 351-357.

60. WHITTAKER, C. R.: «The consumer city revisited: the *vicus* and the city», en Íd.: *Land, City...*, VIII, pp. 110-117, 111.

61. HANSEN, M. H.: «The Concept...», pp. 23 y 25.

la causa que encuentra para explicar estas diferencias. Yo no haría hincapié en la cuestión del mercado y de los griegos como comerciantes «privados», sino que, por el contrario, destacaría que las diferencias del Estado en oriente y occidente permiten entender que los griegos actúan como ciudadanos igualados a través del derecho en la *polis* y por tanto estableciendo contratos libremente. Los mismos ciudadanos *eran* el Estado, en tal sentido estoy de acuerdo con Bresson en que las relaciones jurídicas en Grecia cumplían un papel central, mientras que en el oriente las funciones comerciales se organizaban a través de un grupo dependiente de la estructura jerárquica palatina. Por otra parte la estructura del Estado en la *polis* griega no implica la erradicación de las prácticas redistributivas a través del mismo, vale decir que no nos encontramos en una lógica de mercado vs. una lógica de redistribución, sino que, por el contrario, puesto que la *polis* era un medio de enriquecimiento colectivo, también garantizaba distintos grados de redistribución para sus miembros. Algunos de estos elementos se pueden seguir en un artículo donde Salmon ha tratado de sistematizar los mecanismos a través de los cuales la ciudad intervenía económicamente en beneficio de la comunidad. Allí caracteriza a una «ciudad proveedora» donde la primera intervención es el control del acceso a la tierra, proceso relacionado con la colonización⁶³. El autor avanza luego investigando las diferentes funciones económicas desarrolladas por las ciudades griegas identificando dos formas amplias de acción por parte de las ciudades. La primera, de tipo directa, a través de la provisión de bienes o servicios; la segunda, de tipo indirecta, cuando las ciudades intervenían o facilitaban las actividades de aquellos sujetos a su autoridad. Coloca dentro de la primera a la construcción de monumentos y edificios, la construcción naval –ambas daban trabajo a los artesanos–, e incluye también a lo que califica como «servicios políticos»⁶⁴, todo lo cual entra dentro de las funciones de lo que califica como «ciudad compradora» (*purchaser city*). Las ciudades también actuaban vendiendo, principalmente a sus ciudadanos ricos, como en el caso del derecho a la explotación de las minas de plata, la realización de contratos para percibir ciertos impuestos o el alquiler de locales para negocios en el ágora o de tierras públicas. Dentro de las acciones de tipo indirecto se incluyen los mejoramientos de infraestructura, como el caso de la construcción del *diolkos* por parte de Periandro o del puerto del Pireo por Temístocles. Finalmente cabe destacar las regulaciones realizadas por varias clases de funcionarios en las actividades económicas, que en ciertos casos llevan hasta un cierto grado de control de los precios en el mercado y el interés de la misma ciudad en comprar generalmente cereales para mantener abastecidos a sus ciudadanos⁶⁵. El autor señala que todas estas actividades tenían consecuencias económicas, pero que es improbable que fueran emprendidas con «propósitos económicos», excepto en el sentido obvio de que algunas de ellas producían ganancias y

62. BRESSON, A.: *La cité marchande*, pp. 268-271: políticas de estado, y pp. 272-287 sobre el mercado, pero en general el tratamiento sobre estas cuestiones se da a lo largo de toda la obra.

63. SALMON, J., «The Economic Role of the Greek City», *Greece & Rome*, 46.2, oct. 1999, pp. 147-167, 147-149. Es interesante destacar que para Salmon, esta actividad es más bien política antes que económica. Deberíamos observar que resulta difícil caracterizar a las medidas de corte económico que tienen fuertes condicionamientos políticos, lo que en realidad las estaría identificando, de acuerdo al criterio de Polanyi, como «incrustadas» en las relaciones políticas de la *polis*.

64. Lo que incluye el pago por prestaciones realizadas en el marco de la administración y participación en el gobierno de la ciudad por parte de los ciudadanos: SALMON, J., «The Economic Role...», pp. 150-152. Esto permite la provisión de dinero a sectores sociales urbanos que alimentan el funcionamiento del mercado.

65. ÍD., pp. 156-158.

cierra el artículo argumentando que en el mundo griego cuando los estados intervenían en la economía política era la política la que permanecía como objetivo primario⁶⁶.

La existencia de las prácticas de mercado en las ciudades griegas y romanas nos dirige a la cuestión de la forma en que aquéllas se expresan, es decir, si las mismas se organizan como una «esfera independiente» o están «incrustadas» en otras instituciones. Burke, por ejemplo, señala la necesidad de realizar ajustes al modelo primitivista. Para el autor, el despegue de la economía en Atenas en el siglo IV supone un proceso de «desincrustación». Lo más interesante de este artículo, según mi punto de observación, es que el autor indica que el arranque de ese proceso no fue simplemente una función de un incremento en el volumen de comercio e intercambio en las variables sociopolíticas relacionadas directamente con ese incremento. El arranque de un genuino comercialismo tendría como precondition una variedad de actividades económicas que en ningún caso estaba relacionada con el comercio y que fue única a fines del siglo V y comienzos del IV: se trata del aumento de los subsidios en dinero provistos por el Estado para sus ciudadanos, especialmente los pertenecientes a la clase de los *thetes*⁶⁷. De estas afirmaciones se puede sacar una impresión contradictoria. Por un lado Burke supone que debería esperarse que la «desincrustación» de la economía ateniense ocurriera como producto de un proceso ligado directamente, en términos económicos, con el incremento del volumen del comercio y el intercambio. Sin embargo reconoce que para el caso de Atenas esto no ocurre así, ya que el avance del comercialismo en el siglo IV no está relacionado estrictamente con los que consideraríamos factores constitutivos de una esfera autónoma de la economía⁶⁸. La desincrustación entonces sería un factor de la redistribución a través del Estado de la renta imperialista o simplemente de los recursos fiscales. Así, el autor rastrea elementos que son propios de los aspectos jurídico-políticos de la sociedad griega, como las relaciones de *proxenia*, *enktesis*, concesión de la ciudadanía a extranjeros, e igualación de los extranjeros con los ciudadanos en los procesos comerciales que en el siglo IV aparecen como retribuciones a individuos —generalmente comerciantes— que realizan actividades que favorecen a los atenienses⁶⁹. A través de esos elementos se organiza el funcionamiento del comercialismo del siglo IV ateniense. Aquí no se trata de un surgimiento de nuevos mecanismos y racionalidades, sino de la profundización de las características dominantes de la *polis* —los aspectos jurídico-políticos— cuyo dominio abre un marco económico de características diferentes a las anteriormente existentes. La racionalidad a partir de la cual se organiza este funcionamiento económico se construye desde los parámetros ideológicos de la *polis*, y la forma material en que el mismo se expresa (*proxenia*, *enktesis*, etc.) se refiere a instituciones propiamente políticas y no específicamente comerciales, lo que da cuenta de una «desincrustación» limitada (si es que este concepto resulta operativo) en tiempo y espacio por el papel dominante que le cabe a la acumulación excepcional imperialista y al papel del Estado como agente de

66. SALMON, J., «The Economic Role...», pp. 153 y 165. Esta idea del autor de los «propósitos económicos» como pauta para interpretar la trascendencia económica de tales acciones es a mi criterio irrelevante para el análisis, puesto que de ello no se deriva una mayor o menor independencia de la esfera económica en la estructura social. En última instancia la lógica de las acciones económicas debe entenderse a escala global y no particular.

67. BURKE, E. M.: «The Economy of Athens in the Classical Era: Some Adjustments to the Primitivist Model», *TAPhS*, 1992, pp. 199-226, 201.

68. BURKE, E. M.: «The Economy of Athens...», especialmente pp. 201-214.

69. Sobre los condicionamientos que impone el estatus sobre las actividades comerciales véase ahora DESCAT, R.: «L'Economie antique...», pp. 966-971.

redistribución económica. En última instancia sólo se entiende el funcionamiento de esta economía en el marco de la Atenas del período indicado, con lo cual resulta incluso difícil asumir la idea de una verdadera «desincrustación», en la medida en que la explosión comercial es una función derivada de los aspectos político-militares.

Algunos autores han entendido que la diferencia en las variaciones cuantitativas de los intercambios mercantiles eran la marca evidente de transformaciones estructurales. Estudios basados en la arqueología son los que, lógicamente, están en la base de estas teorías⁷⁰. Dejando de lado el grado de certeza que resulta de la aplicación de estos métodos⁷¹, conviene reflexionar hasta qué punto los factores cuantitativos pueden ser tomados como un índice válido para la periodización económica, como si mecánicamente se pudiera colocar un umbral, pasado el cual nos encontraríamos ante un funcionamiento económico distinto⁷². El caso analizado anteriormente justamente subraya la necesidad de observar la causa eficiente del aumento de los intercambios comerciales antes que la mera constatación de tal evidencia. Como señala Descat, es importante interpretar el comportamiento de los griegos en relación con la economía como el resultado de procesos propios de transformación (los que incluyen la relación entre la agricultura y el mercado, el lugar del Estado frente al comercio y la producción artesanal, el rol de la moneda), superando así algunos de los límites que Finley había intentado colocar. Esto implica tomar en consideración las grandes diferencias existentes entre el mundo antiguo y el moderno, y para que ello sea plenamente satisfactorio debe tratarse más de una historia de los hechos económicos que de una prehistoria del pensamiento económico⁷³. Volveremos sobre esto.

La relación ya claramente definida entre la ciudad antigua, su entorno rural, el impuesto y el comercio ha dado pie al modelo de la ciudad «Procesadora» (*Processor-city*)⁷⁴. En él la ciudad, a través de las manufacturas urbanas, jugaría un rol determinante como procesadora en la transferencia del dinero de los consumidores del Estado hacia los productores rurales. Su validez depende enteramente sobre el medio en que los impuestos eran recolectados y los modos de comercialización de los excedentes rurales. En la tesis de K. Hopkins la ciudad antigua era vital para el funcionamiento del circuito impositivo del Imperio romano en dos aspectos. 1. Pagaba en dinero a cambio de los bienes rurales (productos básicos de consumo), este dinero permitía así pagar a los campesinos los impuestos. 2. La ciudad obtenía este dinero de los beneficiarios del Estado central por la venta y exportación de productos manufacturados⁷⁵. Si las rentas e impuestos en dinero eran gastados a cierta distancia de donde eran recolectados, entonces debía de haberse establecido una red de comercio y manufacturas, de manera que el excedente producido podía ser vendido, tal vez en una variedad de ciudades, y así el dinero volvía a manos de quienes originalmente había salido. Es decir que en última instancia la exacción de rentas e

70. Véase ANDREAU, J.: «Twenty Years...», pp. 37-40; con bibliografía y una lectura crítica de algunos avances.

71. ANDREAU, J.: «Twenty Years ...», p. 37, señala la interpretación variable de ciertos datos arqueológicos que son leídos como evidencia de discontinuidad y crisis por unos, o de signos de permanencia por otros.

72. Lo que no implica que los factores cuantitativos no puedan tener una incidencia concreta en la transformación socio-económica de una estructura social. Sin embargo la evidencia de un aumento o disminución del intercambio no implica necesariamente una alteración en las relaciones sociales de producción.

73. DESCAT, R.: «L'Economie antique...», pp. 988-989.

74. WHITTAKER, C. R.: «Do theories...?», p. 9.

75. HOPKINS, K.: «Taxes and Trade in the Roman Empire», *JRS*, 70, 1980, pp. 101-125.

impuestos, ya fuera en dinero o especie, era quizás el más importante elemento en el crecientemente complejo proceso de especialización del trabajo, y en el consecuente aumento de las ciudades alrededor de la cuenca del Mediterráneo. El autor ha moderado alguna de sus proposiciones iniciales, sistematizándolas en un artículo reciente, especialmente en lo referente al alcance de la monetización para el funcionamiento del modelo propuesto en 1980⁷⁶. De acuerdo con ello, si se tiene en cuenta la posibilidad de una recolección porcentual importante del impuesto en especies, esto llevaría a la organización de un circuito en donde tales productos terminarían siendo vendidos en los centros urbanos provinciales más desarrollados, reproduciendo en una escala menor el modelo de 1980⁷⁷. Para Hopkins las ciudades eran indudablemente un fenómeno político y cultural, pero necesitaron un apuntalamiento económico, y ellas mismas crearon repercusiones económicas⁷⁸. El autor se define como moderadamente desarrollista respecto de la economía romana, y la causa primaria para eso la encuentra en la integración política del Mediterráneo y en la prolongada paz alcanzada, a la vez que señala a Roma como lugar preferencial para el gasto realizado por la corte y la aristocracia romanas⁷⁹. Hopkins por otra parte destaca que los impuestos romanos eran realmente bajos al calcularlos en un porcentaje inferior al 10% del PBI mínimo que estima para el total del Imperio, y sólo alrededor de un 6% del probable PBI real. Se debe tener en cuenta que existe una diferencia entre los impuestos percibidos por el Estado y lo recogido en las provincias. Los montos reales del impuesto percibido por los recolectores deben de haber sido significativamente más altos y desigualmente distribuidos, siendo los sectores con menores recursos los que proporcionalmente pagaban más. Para el autor la razón estructural que explica los bajos impuestos es que los conquistadores romanos habían establecido un sistema binario de beneficio sobre el Imperio, puesto que el Estado romano compartía sus ingresos con sus propios ciudadanos⁸⁰.

Whittaker duda sobre la viabilidad de aplicar este modelo pues sostiene la posibilidad de que en el aspecto 1) no se pagara en dinero sino en especies, y lo mismo podía ocurrir en 2); por lo tanto no existía ninguna presión para que se manufacturaran bienes para exportar en la ciudad. Se pueden señalar ejemplos, que siempre son aislados, para apoyar esta perspectiva, pero nunca se llegará a poder evaluar con una cierta dosis de verosimilitud los porcentajes, en especies y/o dinero, en que estos impuestos eran recolectados para decidir cuál era la práctica más habitual en el Imperio romano⁸¹. Igualmente Whittaker cree que la venta o el abastecimiento del ejército y el sector imperial de productos rurales frecuentemente fue realizado sin la intermediación de las ciudades o los comerciantes urbanos. Este modelo de ciudad no ofrece respuestas para la duplicación del número de ciudades en Italia bajo el Imperio

76. Basándose especialmente en las críticas de Howgego y Duncan-Jones: HOPKINS K.: «Rome, Taxes, Rents and Trade», en SCHEIDEL y VON REDEN: *The Ancient Economy*, pp. 190-230, 213 y ss.

77. Se toma como ejemplo el caso de Egipto en base a los cálculos provistos por Duncan-Jones, HOPKINS, K.: «Rome, Taxes...», p. 216.

78. HOPKINS K.: «Rome, Taxes...», p. 209.

79. HOPKINS K.: «Rome, Taxes...», pp. 219-220: «The city of Rome acted like an accelerator, increasing the speed of the whole Mediterranean economy». Su definición es realmente matizada: «...mild development plus a thin veneer of economic and monetary integration...» (p. 224).

80. PBI: Producto Bruto Interno (valor monetario de los bienes y servicios finales producidos por una economía en un período determinado). HOPKINS, K.: «Rome, Taxes...», pp. 204-205; sobre su cálculo del PBI en el Imperio véanse pp. 197 y ss.

81. WHITTAKER C. R.: «The consumer city...», p. 111.

cuando sus zonas rurales estaban libres de impuestos. Así tampoco para su declinación en el Imperio tardío, luego de la imposición realizada bajo Diocleciano. Sin embargo, el mayor problema del modelo radica en el hecho de que el rol de la ciudad como ámbito para la comercialización y la manufactura es oscurecido por la *villa* y la aldea. Esta ambigüedad entre producción rural y urbana manifiesta que los ricos no discriminaban sobre la locación precisa de sus actividades económicas, la distinción entre ambas es económicamente irrelevante, lo que lo lleva a cuestionar la validez del modelo de la ciudad consumidora⁸². Apoyándose en estudios sobre Cesarea y Pompeya⁸³ donde se refuerza el papel piramidal de la estructura urbana organizada a partir de grandes familias, con empleados, dependientes y clientes, el autor se afirma en la idea de que una gran parte de los hogares urbanos eran alimentados y vestidos por excedentes suplidos directamente por los establecimientos rurales. Esto no excluye el intercambio y las transacciones de mercado, pero ciertamente disminuye su alcance. Este enredo entre la producción y la propiedad urbana y rural es lo que vuelve insegura la utilidad (antes que la exactitud) del modelo de la ciudad consumidora para iluminar este aspecto. El autor entiende que en la medida en que no se pagaban impuestos sobre la tierra a las ciudades, sino solamente al Estado, la forma más directa de los ingresos rurales venía de las rentas sobre el *ager publicus* y sobre los impuestos a las ventas en los mercados rurales y urbanos, siendo seguramente estos últimos los más importantes. Tampoco hay que olvidar las obligaciones (*munera*) que debían cumplir los curiales, aunque la mayoría de ellas parecen ser más bien obligaciones hacia el Estado antes que hacia la ciudad. La mayor parte de los ingresos de la ciudad provenía indirectamente de la tierra a través de *summa honoraria* y liturgias pagadas por las clases terratenientes, dinero que en definitiva provenía de los trabajadores rurales y de las considerables sumas que los curiales absorbían al recolectar los impuestos en las zonas rurales⁸⁴. Sin embargo, estima que la proporción de los recursos concentrados por las clases aristocráticas que pasaba a través de las ciudades era mínima, y da el ejemplo de los puertos privados del siglo I en Etruria, desde donde se embarcaba el vino para la Galia, o la venta de la uva a un *negotiator* realizada por Plinio el joven en sus propias tierras (*Ep.* VIII, 2); entre otros ejemplos. La venta o el intercambio directo entre las *villae* ricas eran aparentemente comunes en el período republicano (Varrón, *RR* 1.16.3). En el Imperio tardío algunas de las funciones de los centros urbanos, como espacios del intercambio de trabajo y centros de recolección de impuestos, fueron usurpadas por las *nundinae* asentadas en las grandes propiedades. La crisis de la ciudad se aceleró en la medida en que los *potentiores* usurparon progresivamente sus tierras públicas, a la vez que los emperadores permitieron un masivo incremento de las inmunidades a los *honorati* y a los clérigos. Los ingresos de las ciudades quedaron en manos de la voluntad de los grandes terratenientes de canalizar sus flujos económicos a través de ellas⁸⁵. Finalmente Whittaker piensa que la teoría de la economía urbana es

82. WHITTAKER, C. R.: «Do theories...?», pp. 10-11.

83. LEVEAU, PH.: *Caesarea de Maurétanie. Une ville romaine et ses campagnes*, Coll. EFR 70, Roma, 1984; WALLACE-HADRILL, A.: «Elites and trade in the Roman town», en RICH J. y WALLACE-HADRILL, A. (eds.): *City and country in the ancient world*. Londres, 1991, pp. 241-272.

84. WHITTAKER C. R.: «Do theories...?», p. 12.

85. ID., 14. Sobre los mercados dominiales véase DE LIGT: *Fairs and Markets in the Roman Empire*. Amsterdam, 1993, pp. 155-198. Especialmente interesantes son algunas de las ideas del autor desarrolladas en pp. 176-185, donde se destaca el papel de los aspectos evergéticos y del control social —los que iban de la mano con ciertos aspectos económicos— que se podían establecer a través de las *nundinae* organizadas por los terratenientes.

insatisfactoria para la ciudad antigua en la medida en que existe una ambigüedad en la distinción espacial entre la *pars urbana* y la *pars rustica*, a causa de la indiferencia entre una relación económica específica entre ambas, pero sobre todo porque el estudio de las ciudades es solamente una forma imperfecta de estudiar las relaciones de poder en la sociedad⁸⁶.

Por otro lado, un autor como Leveau señala que la diferencia entre las aglomeraciones urbanas y rurales romanas –en cuanto a la organización espacial y las funciones económicas– está lejos de ser evidente, y es esencialmente cultural. Las ciudades romanas, prerromanas e indígenas deben ser comprendidas en el interior de una economía de base agraria. Roma no aportaría una revolución urbana sino una reestructuración de la red urbana en función de sus intereses, y más precisamente de la coincidencia entre sus intereses y aquellos de las elites indígenas de los pueblos conquistados. Las *fora* italianas anteriores a las guerras civiles, los *oppida* de la Galia y los *castros* de España presentan caracteres urbanos indiscutibles, pero por definición no son ciudades romanas. Estas aglomeraciones subsisten y no se puede aceptar la idea de que desaparecieran en beneficio de las ciudades y las *villae*⁸⁷. El autor retoma a Tranoy en su estudio sobre la Galicia romana, donde observa que «Villes, *villas*, *castros* sont désormais les trois pôles autour desquels s'organise la société galicienne au IV^e siècle [...] A côté du système de la *villa* réservé à une minorité fortunée, les habitants retrouvent leur organisation fondamentale collective et à nouveau se regroupent dans les *castros*». Lo interesante de esta cita radica en el hecho de que se reconoce tácitamente que la organización política basada en la ciudad es el fundamento sobre el cual se establece el poder de Roma. Resulta evidente que el origen mismo del Estado romano se entronca en un mundo de ciudades (fundamentalmente etruscas y griegas) cuyo modelo de Estado está tomado de la *polis*. De esta forma la función básica de la ciudad romana está en relación con su papel político como agente de dominación y engranaje del poder, lo que no implica descartar otros centros urbanos de dispar magnitud que coexisten con esa forma dominante. Leveau entonces indica que la verdadera oposición no es la que existe entre la ciudad y el entorno rural definido por una red de *villae*, sino la que se define por dos conjuntos distintos que reenvían a dos formaciones sociales diferentes: por un lado la ciudad y la campiña romana, por el otro la campiña no romana definida negativamente por la ausencia de *villae*⁸⁸. Ahora bien, la oposición señalada por Leveau hace referencia a una situación que está en relación con lo que se conoce como proceso de romanización. En ciertas áreas ocupadas por los romanos ya existían estructuras sociales organizadas alrededor de la *polis*, mientras que en otros lugares estas formas sociales estaban ausentes. La romanización expresa el grado de acomodamiento cultural de los pueblos sometidos a través de las instituciones propiamente romanas⁸⁹. De allí que el mayor grado de acomodamiento se exprese a través de las estructuras ciudadanas sobre las cuales se

86. WHITTAKER, C. R.: «Do theories...?», pp. 14-15.

87. LEVEAU, PH.: «La ville antique...», pp. 930-931.

88. Íd., p. 931. El alcance del uso que hace aquí Leveau del concepto de «formación social» no se corresponde con el marxista, ya que lo utiliza como una imagen laxa o ciertamente vaga distinta de una articulación de modos económicos de producción. Sencillamente corresponde señalar que aún cuando vastas áreas del territorio imperial romano no se organizaban alrededor de ciudades y *villae*, los romanos encontraron formas idóneas de articular mecanismos de dominación distintos a esa forma más extendida –y probablemente mucho más eficiente–, lo que implica una real articulación en el plano socioeconómico. En ese mismo sentido véase la reflexión del autor en p. 932-933.

89. LEPALLEY, C.: *Les cités...*, pp. 12 y ss.

organizan redes de poder que podríamos entender como más «naturales» o sencillamente más propiamente romanas. En la medida en que el poder romano se instala definitivamente comienza a transformar el paisaje social y a organizarlo de acuerdo a sus mecanismos de dominación más eficientes. La ciudad adquiere entonces un peso dominante en la institucionalización de las relaciones sociales y las áreas menos romanizadas se integran en tal diseño.

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA CIUDAD

He tratado de destacar en este artículo las diferentes formas en que los autores tratan la problemática de la ciudad consumidora en el marco de lo que sería una matriz de pensamiento económico. Principalmente quisiera ahora retomar lo que, considero, podría entenderse como una línea directriz que recorre este trabajo. Primeramente debo señalar, otra vez, la tensión que se produce como resultado de pensar en un modelo tipo construido sobre los aspectos propiamente económicos, a la manera weberiana, en relación con las diferentes expresiones históricas de la ciudad aquí concernidas. Creo, sin embargo, que es factible —y deseable— aportar en la perspectiva de la construcción de ese modelo de ciudad que resulte operativo para encuadrarlo dentro de un marco teórico mayor como el de la caracterización de las sociedades antiguas⁹⁰. En segundo lugar, y como resultado de la tensión señalada, resulta evidente que cuando hablamos de «la» ciudad antigua, hablamos de diferentes tipos de ciudades y, también, de ángulos y matices diferentes que se nos presentan de forma distintiva en la medida en que interrogamos a la realidad histórica desde una u otra perspectiva. En el caso griego se han presentado por lo menos tres tipos de realidades alternativas (lo que no impide una coexistencia de las mismas), y estos tres tipos pueden hacerse extensivos a los ejemplos romanos, aunque aquí se nos presenta una realidad más compleja que incluye el desarrollo de relaciones mercantiles de largo alcance por fuera del espacio de la ciudad, dentro del marco de las *villae* y los *vici*. De todas formas esta evidencia no inhibe el papel de la ciudad en relación con los aspectos mercantiles, sino que presenta otros ámbitos ajenos a su influencia. Estos tipos se corresponden con: un primer tipo de ciudad, de acuerdo con la evidencia resultante de los aportes arqueológicos, que es de tamaño pequeño o mediana y se puede definir especialmente como un lugar de residencia de granjeros que trabajan las tierras del entorno rural. Estos granjeros son ciudadanos que cumplen funciones políticas en tal espacio y que además se deberían caracterizar especialmente como productores autosuficientes⁹¹. Un segundo modelo, mucho menos difundido, que encaja en la definición de ciudad consumidora de Sombart, que es un lugar en donde reside una clase terrateniente que vive a expensas de la renta apropiada sobre los productores campesinos dependientes que habitan el espacio rural. Un tercer tipo de ciudad en la cual se desarrollan con mayor profundidad los intercambios comerciales, y que podríamos definir como una *mega-polis* en donde las condiciones del mercado se alteran. Esta evolución es producto no de una dinámica

90. DESCAT, R.: «L'Economie antique...», p. 972, se pregunta qué relación establecer para el análisis histórico con el concepto de *idéaltipe* de la ciudad antigua, distinto de lo que sería la tipología económica, que es una perspectiva distinta donde entra también en juego el conjunto de los caracteres políticos. La cuestión fundamental sería cómo concebir a la vez la diferencia que existe entre las economías de las ciudades y la idea de una política uniforme marcada por doquier por los dos temas centrales de la ciudad consumidora e importadora.

91. Señalado, como se ha visto, por Weber («ciudades agrarias»), pero especialmente afirmado por Hansen.

económica propia, sino del lugar central que tienen dichas ciudades en el marco de su papel político-militar como centros imperiales o lugares de concentración de poder regional como delegación del poder central. Esto implica la posibilidad de poder pensar el desarrollo de situaciones de «mercado» como una consecuencia evolutiva que responde a una lógica que no es puramente económica en los términos que propone un análisis de economía de mercado.

Estos tres tipos de ciudades resultan contradictorios a la hora de resolver la discusión desde las perspectivas planteadas por primitivistas y formalistas. Avancemos un poco más allá. Partimos de la evidencia de que en las ciudades antiguas, por lo menos en algunos de sus «tipos», se desarrollaron en mayor o menor grado, relaciones de tipo mercantil superando el presupuesto de que estas relaciones se daban sólo de acuerdo con una economía orientada a una producción de valores de uso. Trataremos de observar en qué medida es factible pensar que ese desarrollo significa un «despegue» de las relaciones económicas por sí mismas, generando entonces una «esfera autónoma» dentro del funcionamiento del conjunto de las relaciones sociales. Veremos luego algunos elementos ligados con las formas de extracción de los excedentes. En relación con eso analizaremos luego el lugar de la ciudad en las sociedades antiguas.

En principio debo realizar una objeción de fondo a las posiciones que establecen una línea directa entre el desarrollo del mercado y la pretendida evidencia, llegado cierto grado, de un proceso de «desincrustación» de la economía⁹². La teoría de Polanyi propone la idea de una economía en el mundo antiguo subsumida dentro de otras instituciones sociales dominantes, a diferencia de lo que ocurre en nuestra sociedad moderna. Para algunos autores la profundización de los intercambios llevaría en cierto momento a un «despegue» de esa esfera por aceleración de su propia dinámica, o, si se quiere, por acumulación de transacciones. La pregunta que deberíamos hacernos en este caso es si es factible la posibilidad de que esto ocurra. Vale decir, si es factible que la economía se transforme en una esfera independiente del resto de las variables sociales por la aceleración de los intercambios mercantiles, aunque fuese en una escala acotada como se ha observado en el caso de algunas ciudades antiguas. En términos teóricos esto supondría que el vínculo social dominante pasaría a estar establecido a partir de las relaciones sociales puramente económicas, como ocurre en la sociedad capitalista. Es decir, cuando el lazo social se establece por la necesidad de organizar el proceso productivo a partir de la existencia de productores privados independientes que balancean la oferta y la demanda productiva a través de la competencia en el mercado. En este caso habría un salto cualitativo que llevaría a los actores económicos a operar sobre estos factores relacionales establecidos *a través* de las mercancías, en lugar de los lazos sociales dominantes en el mundo antiguo. Con esto quiero señalar que la cuestión va más allá del hecho de producir un excedente para colocar en el mercado, y también está más allá de la existencia o no de un mercado amplio de intercambios económicos. Estos elementos efectivamente pueden estar presentes sin que se altere el punto central que organiza el vínculo social, y sin que den por resultado la constitución de relaciones sociales de producción de tipo capitalista, o si se quiere, sin que se constituya una «esfera independiente» donde el vínculo

92. Lo hemos tratado especialmente en relación con el caso de Atenas, *supra*. Pero resulta igualmente operativo para Roma y otras ciudades comerciales del período imperial.

social se establezca a través de la circulación de las mercancías⁹³. Al respecto Marx señala con claridad que

... la ramificación *cuantitativa* del organismo social de producción, que exhibe sus *membra disiecta* en el sistema de la división del trabajo, no es menos primitiva ni menos fortuita que su concatenación *cualitativa*. Y nuestros poseedores de mercancías advierten que este mismo régimen de división del trabajo que los convierte en *productores privados independientes* hace que el proceso social de producción y sus relaciones dentro de este proceso sean también *independientes de ellos mismos*, por donde la independencia de una persona respecto a otras viene a combinarse con un sistema de mutua dependencia respecto a las cosas⁹⁴.

Aparece claramente aquí la idea de una articulación de los productores privados independientes como resultado del funcionamiento de un sistema productivo (independiente de las personas) que los ensambla a través de las cosas, lo que no es otra cosa que nuestra «esfera económica independiente». O, como señala en otro lado Marx, «la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad (aparece como si) fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores». De esta manera, las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados *aparecen* «no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como *relaciones materiales* entre personas y *relaciones sociales entre cosas*»⁹⁵. Sobre estas mismas ideas O. Patterson argumenta que en todas las sociedades las relaciones entre los seres humanos se expresan como relaciones de poder que se presentan generalmente de forma más o menos velada y no como relaciones desnudas de fuerza. Así organiza dos extremos polares de lo que llama el «idioma del poder», el idioma personalista y el materialista. En el primero existe un reconocimiento abierto de las relaciones de poder, los individuos dependen abiertamente de otros, y a su vez otros dependen de ellos; y por lo tanto se da una tendencia a la humanización de tales relaciones a través del uso de diversas estrategias sociales como el parentesco ficticio, el clientelismo y los intercambios de dones asimétricos. En el otro polo se encuentran las sociedades en donde las relaciones de poder están ocultas, y en la medida en que el proceso de producción es cada vez más complejo, el poder sobre los individuos progresivamente es mediado a través de los bienes⁹⁶. En este último sentido es que se puede hablar de una esfera independiente de

93. Véase MARX, C.: *El capital*, 3 vols., FCE, México, 1982, I, 66, quien señala respecto de las relaciones capitalistas que «la división social del trabajo hace que los trabajos de los poseedores de mercancías sean tan limitados como ilimitadas son sus necesidades. Por eso sus productos no les sirven más que como *valores de cambio*.» (en todas las citas de Marx se transcriben las bastardillas del original).

94. MARX, C.: *El capital*, I, p. 68. Para que este sistema productivo funcione es necesario que las mercancías se intercambien por su valor, es decir que estén igualadas por el tiempo de trabajo abstracto invertido en su proceso de producción: *Íbid.*, pp. 5 y ss. Véase ahora COLOMBO, O.: «La ley del valor en los mercados campesinos precapitalistas», inédito, 2007, donde el autor estudia el funcionamiento imperfecto o incompleto de la ley del valor en los mercados campesinos precapitalistas y observa que tanto Marx como Engels tienen opiniones contradictorias respecto de la posibilidad de que el sistema de intercambio mercantil en las sociedades precapitalistas funcione sobre la igualación por el valor. En sus conclusiones el autor señala que «en el análisis precedente hemos intentado mostrar que el valor como relación social sólo puede operar cuando los precios reflejan las condiciones de producción, y a la inversa, que los precios reflejan tal cosa sólo cuando las relaciones de producción son regidas por la ley del valor».

95. MARX, C.: *El capital*, I, pp. 37 y 38.

96. PATTERSON, O.: *Slavery and Social Death*. Cambridge-London, 1982, pp. 18-21. Véase la idea del «fetichismo de la mercancía» en MARX, C.: *El capital*, I, pp. 36-47.

la economía, o de una sociedad en donde las relaciones de intercambio mercantil son dominantes, puesto que a través de ellas se organizan las relaciones de dominación social. Podemos observar sencillamente que en todos los casos analizados aquí, el fundamento de la existencia de las relaciones comerciales establecidas se basa en elementos que son propios de una economía precapitalista.

Ninguno de los autores aquí citados estaría en contra de la afirmación de que la producción básica en la economía antigua es de tipo agraria. Esto también nos permite sacar ciertas inferencias. Podemos recurrir al concepto de «crisis de tipo antigua» estudiado por Labrousse, relacionado con la articulación entre producción y mercado en las sociedades precapitalistas. Esta crisis implica una falta de control sobre las variables productivas de los campesinos que acomodan su producción en función de parámetros no mercantiles como piso para la fijación de los precios de mercado⁹⁷. Esto rompe con el presupuesto de una esfera autónoma mercantil ciudadana que incorpora progresivamente a una economía de autosubsistencia campesina, especialmente porque en general se trata de demostrar la inserción de los campesinos en el mercado citadino colocando sus excedentes productivos. Como señala Colombo:

Incluso en la hipótesis favorable de que en principio los precios agrarios variaran en forma inversamente proporcional al volumen de la producción, un año de mala cosecha afectaría sustantivamente la oferta de alimentos, pues el excedente comercializable de los productores agrarios se reduciría más proporcionalmente que el volumen global. La combinación del carácter fluctuante de la productividad del trabajo con una estructura de pequeños productores orientados a la subsistencia amplifica el efecto disruptivo sobre las condiciones del mercado. Aun con mejores precios, la mayoría de los productores no tendrían nada que vender una vez satisfechas sus necesidades de autoconsumo, e incluso pueden verse obligados a cubrir éstas en el mercado. Y al reducirse así los ingresos campesinos, se reduciría la demanda de productos no agrícolas (cuyos precios bajarían aunque no se modificaran los tiempos de trabajo), ofrecidos por aquellos que, además, deben adquirir a precios crecidos sus medios de subsistencia. La crisis de subproducción agrícola, entonces, provoca una crisis de subconsumo en el sector secundario, confluencia que se manifiesta a nivel del conjunto social como crisis demográfica. En

97. En otro contexto VILAR, P.: «Reflexiones sobre la «crisis de tipo antigua», «desigualdad de las cosechas» y “subdesarrollo”», en ÍD.: *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades*, Barcelona, 1983, p. 29, indica «Enorme problema: la economía comercial quiere penetrar, regentar una sociedad cuya base lo rechaza, precisamente porque los intercambios y la técnica no dominan todavía ni la desigualdad de las cosechas ni sus efectos» (itálicas en el original). Sobre la unidad doméstica campesina véase ahora CHAYANOV, A. V.: «Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas», en AA.VV.: *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. Cuadernos de Pasado y Presente. México, 1981, pp. 49-76; y CHAYANOV, A. V.: *La organización de la unidad económica campesina*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1985; así como las discusiones presentadas por HARRISON, M.: «The peasant mode of production in the work of A. V. Chayanov», *Journal of Peasant Studies* 4.4, 1977, pp. 323-336; ENNEW, J.; HIRST, P. y TRIBE, K.: «“Peasantry” as an Economic Category», *Journal of Peasant Studies* 4.4 (1977) 295-322; WORSLEY, P.: «Economías campesinas», en SAMUEL, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, 1984, pp. 169-76; VILAR, P.: «¿Economía campesina?», en ÍD.: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, 1980, pp. 265-311; TANNENBAUM, N.: «Chayanov and economic anthropology», en DURRENBERGER, E. P. (ed.): *Chayanov, peasants, and economic anthropology*. San Diego, 1984, pp. 27-38; entre otros. De forma más general véase SHANIN, T.: «Peasantry: delineation of a sociological concept and a field of study», *European Journal of Sociology*, 2 (1971) 289-300, y especialmente GALLANT, T. W.: *Risk and survival in ancient Greece. Reconstructing the rural domestic economy*. Cambridge, 1991, quien aplica estos elementos para el caso del campesinado griego antiguo.

estas condiciones, la quiebra del mercado expresa la quiebra de la economía campesina de subsistencia (normalmente además sometida a una extracción extraeconómica del excedente, sobre lo que hablaremos más adelante), y no una forma de regulación social inconsciente y anárquica, pero regulación al fin, de la producción.

Esta situación típica en economías agrarias parcialmente mercantilizadas no hace más que reflejar, en la forma de desajustes crónicos entre la oferta y la demanda, el bajo desarrollo de las fuerzas productivas, entendido como la imposibilidad de garantizar con los recursos sociales disponibles la satisfacción de las necesidades, aun cuando éstas y aquéllos permanezcan estables⁹⁸.

El autor entonces retoma las tres condiciones que había establecido Marx para que se cumpla el intercambio a valores⁹⁹, y señala que la producción de las distintas mercancías en proporciones adecuadas a las necesidades (2^o condición) no es un resultado simple del desarrollo continuo de los intercambios (1^o condición), «sino que también supone un grado de control sobre la naturaleza que no se verifica en sociedades precapitalistas»¹⁰⁰. Esto sencillamente quiere decir que la aceleración de los intercambios no tiene por resultado directo una transformación en las relaciones de producción. Para que esto ocurra deben estar presentes otras condiciones, entre ellas un grado suficiente de desarrollo de las fuerzas productivas. Es decir que la simple «profundización» o «ampliación» de la escala de la circulación no implica una incidencia concreta en la transformación del modo concreto de producción. Más bien, a la inversa, la «crisis de tipo antiguo» lo que indica es la incapacidad de adecuación del sistema productivo a la demanda mercantil, y en última instancia sirve como indicador de la capacidad de autosuficiencia relativa de la «esfera económica». En la medida en que la producción y la circulación operen como áreas total o parcialmente independientes no se alterarán las condiciones del funcionamiento de las economías precapitalistas.

En segundo lugar está la cuestión de la forma en que es apropiado el excedente. La forma «económica» (capitalista) de apropiación del excedente se da por la vía de la apropiación de plusvalía en el proceso de producción. Este mecanismo no es propio de las sociedades precapitalistas en donde la forma dominante de extracción del plusvalor es extraeconómica. La economía se puede constituir en una esfera independiente del resto de las variables sociales cuando por sí misma alcanza para garantizar la apropiación en manos de una clase apropiadora. Por el contrario las clases dominantes deberían contar con otros mecanismos capaces de garantizar esa circulación de los excedentes en su beneficio. La política es dominante en el mundo antiguo porque sobre esa esfera se constituyen los dispositivos fundamentales a partir de los cuales se pueden establecer los mecanismos de apropiación de excedentes y su distribución entre quienes participan de tales rentas. De igual forma ocurre en el período feudal con las relaciones feudo-vasalláticas. Por lo tanto se debe observar que las relaciones mercantiles se encuentran subsumidas dentro del lugar dominante que los factores jurídico-políticos

98. COLOMBO, O.: «La ley del valor...». Al respecto, en su análisis sobre la génesis de la renta capitalista del suelo MARX, C.: *El capital*, III, p. 728, indica que «Una productividad del trabajo agrícola que rebase las necesidades individuales del obrero constituye la base de toda sociedad y, sobre todo, la base de la producción capitalista, la cual separa a una parte cada vez mayor de la sociedad de la producción de medios directos de subsistencia y la convierte, como dice Steuart, en *free heads*, en hombres disponibles para la explotación en otras esferas».

99. MARX, C.: *El capital*, III, p. 182.

100. COLOMBO, O.: «La ley del valor...».

y militares cumplen en el proceso de acumulación y circulación de excedentes en las sociedades antiguas mediterráneas. El desarrollo de las relaciones mercantiles se explica en función de tales procesos de acumulación, y su presencia se justifica en relación con aspectos excepcionales de los mismos. Algunos de esos elementos se relacionan fundamentalmente con el papel dominante que tiene la acción del Estado para la extensión de los mecanismos mercantiles¹⁰¹. Como se ha observado en el caso de Atenas, el imperialismo ateniense y la distribución de sus recursos a través de mecanismos políticos democráticos permiten aumentar una clase ciudadana que no está directamente ligada con los medios de producción, logrando así una aceleración de los intercambios mercantiles para alimentarla. Pero esto no implica un desarrollo independiente de los factores económico-mercantiles. Por el contrario, incluso se puede sostener que las formas materiales en que se expresan estas articulaciones mercantiles son elementos constitutivos de lo que llamaríamos una lógica dominante de las relaciones cívicas. Este tipo de factores son los que Weber realza cuando destaca la dominación de los factores políticos y militares sobre los específicamente económicos en el caso de las ciudades griegas y romanas. Factores que caracterizan a las ciudades antiguas en relación, por ejemplo, con las medievales, en donde los gremios y la industria controlan el proceso democrático. Podemos establecer paralelismos para el caso de Roma. D. Vera dice que la decadencia del período del principado en las regiones meridionales y centrales de Italia que habían tenido un enorme crecimiento, en realidad se puede entender como una vuelta a un ritmo más «natural», adecuado a los recursos demográficos y materiales de la Península, en relación con la fase de la economía drogada (sic) que se extiende entre el 160 y el 50 a.C. Durante ese tiempo Roma se había inundado con un flujo de riquezas derivadas de la conquista mediterránea y su crecimiento estaba ligado a una excepcional acumulación de liquidez¹⁰².

Como bien señala Ch. Wickham, la pujanza del comercio dependía esencialmente de la capacidad económica de las aristocracias. Cuando las elites son más pobres disminuye la capacidad de establecer intercambios económicos y el rango de los intercambios se vuelve básicamente local. Es decir, que la riqueza de la elite y la complejidad de las relaciones de intercambio están íntimamente relacionadas¹⁰³. Las consecuencias de este razonamiento no son menores. Aceptarlo implica reconocer que en la antigüedad el ritmo de las transacciones comerciales no es una variable independiente del funcionamiento económico. El mercado en este caso no se regula al margen de los conflictos políticos, sino en una relación directa con la capacidad de consumo de las elites. Esto resultaría una perogrullada sino fuera por el hecho de que la capacidad de acumulación de las elites depende de factores fundamentalmente extraeconómicos: es decir: 1. el nivel de apropiación sobre el trabajo excedente de los productores directos, y 2. el nivel de su participación sobre los recursos provenientes del tributo recaudado por el Estado; ambos resultantes de la capacidad de exacción de carácter no económico del terrateniente como propietario (individual) y de la clase terrateniente como Estado (grupal). La sumatoria de estos ingresos determinan tal capacidad de consumo y colocan el umbral del funcionamiento económico mercantil. La complejidad y profundidad de estos intercambios dependen en última ins-

101. Véase ahora WICKHAM, CH.: «Marx, Sherlock Holmes, and Late Roman Commerce», *JRS*, 78, 1988, pp. 183-193.

102. VERA, D.: «Schiavitù rurale e colonato nell'Italia imperiale», *Scienze dell'Antichità. Storia, archeologia, antropologia*, 6-7, 1992-1993, pp. 291-339, 297. No obstante el autor califica a la economía italiana producto de las transformaciones de mediados del s. II como «capitalista» (p. 296).

103. WICKHAM, CH.: *Framing the Early Middle Ages*. Oxford, 2005, pp. 706-708.

tancia de elementos políticos. Esto explica que la ciudad de Roma se constituyera en un centro económico de intercambio mercantil, así como el hecho de que allí se produjera una importante división social del trabajo que alimentaba una especialización artesanal cuyo principal mercado fue especialmente el estado burocrático, redistributivo y militar; y en segundo lugar una aristocracia consumidora de bienes de lujo. Este esquema puede multiplicarse al reflejarse en las mayores ciudades del Imperio que tejieron una red de vínculos comerciales.

Ya se ha observado más arriba que Hopkins indica que existía un sistema binario de beneficio sobre los recursos producidos por el Imperio¹⁰⁴. Esta idea tal vez podría ser ajustada. El sistema es binario en tanto y en cuanto los ciudadanos se apropian de los recursos a título público y a título privado, sin embargo la apropiación es unitaria puesto que los ciudadanos son el Estado. En el ejercicio de sus funciones, ya sean políticas como militares, los ciudadanos se apropian de los recursos que devenga el Imperio. La confusión de las distintas prácticas de apropiación de excedentes —a título privado y/o público— está fomentada por mecanismos informales de delimitación de las mismas en el ejercicio de las actividades políticas y militares, y por consiguiente los romanos no veían mal el enriquecimiento privado a través de ellas. En última instancia éste es el fondo de la cuestión que se debate en el enjuiciamiento del gobernador Verres llevado adelante por Cicerón, que no cuestiona tales mecanismos, sino el exceso sobre los mismos¹⁰⁵. Es decir, que lo que se puede resaltar es la posición dominante —única— que los ciudadanos ocupan como grupo social a partir de su relación con los factores político-militares como vías de la apropiación de excedentes. Durante la república, y hasta el principado, el sistema funciona a través de un equilibrio inestable de acceso a los recursos a través de la competencia política por el reparto de las magistraturas cívicas y militares. Este balance se organiza sobre una puja por la distribución de los excedentes producidos por el Imperio dentro de la clase aristocrática por una parte, y entre este grupo y los ciudadanos de menores recursos, por la otra. Estos últimos son quienes presionan por un mayor control en el funcionamiento de las instituciones políticas especialmente a través del tribunado de la plebe en el último siglo de la república¹⁰⁶. El principado significa un salto cualitativo en tal funcionamiento político, lo que se podría señalar como el período de centralización de la renta tributaria de tipo antiguo. El Estado progresivamente tiende a un incipiente desarrollo burocrático y se fortalece la concentración del poder en el príncipe. De esta forma se gestiona de manera más eficiente la redistribución de la renta dentro de la clase aristocrática y los sectores populares ciudadanos, logrando que el conflicto social se aplaque y se desplace fuera del plano institucional. Pero cuando nos situamos en el último siglo del Imperio romano de occidente las cosas se han alterado profundamente¹⁰⁷. Wickham señala la discusión que suscitan las cartas de Sidonio, cuando trata de incentivar a otros nobles a que retomaran un tipo de vida más propiamente ciudadana. Allí se evidencia que los establecimientos rurales importaban tanto como imagen cuanto creadores de riqueza, al punto que los grandes terratenientes vivían de forma semi-permanente en ellos¹⁰⁸. Esto está indicando algo

104. HOPKINS, K.: «Rome, Taxes...», p. 205.

105. Cíc., *Verr.*

106. En ese sentido avanza el análisis de MILLAR, F.: *The Crowd in Rome in the Late Republic*. Michigan, 2001.

107. Podríamos hablar aquí del fin de las estructuras de la ciudad-estado a partir de la crisis del s. III y de una reorganización del estado romano: GARCÍA MAC GAW, C. G.: «Roma: La crisis del siglo III y el Modo de Producción Tributario», en HALDON y GARCÍA MAC GAW: *El modo de producción tributario*, pp. 97-119.

108. WICKHAM, CH.: *Framing...*, pp. 467-468; en general para las ciudades en la antigüedad tardía véase la parte IV, cap. 10: «Cities», pp. 591-692.

más que un cambio de imagen, de costumbres, junto con la decadencia de la vida urbana. Las tierras de los nobles fueron siempre las proveedoras de los recursos que les permitían aspirar a realizar una carrera política, que incluso podía tener consecuencias económicas determinantes en los ingresos de una familia noble. El siglo v, del cual es testigo Sidonio, evidencia el hundimiento del aparato estatal romano. La *civitas* ya no permitía una inserción tan clara para los *negotia* y los aristócratas estaban ahora mucho más ligados con los beneficios de sus tierras y con los intereses político-militares que se circunscribían a una escala puramente local¹⁰⁹. Como el mismo Wickham indica, se puede seguir comparativamente la evolución de los funcionarios curiales ligados especialmente con las actividades de recolección impositiva, observándose una progresiva desaparición de tales funciones. Las relaciones políticas de la clase aristocrática con el Estado central romano en gran medida se basaban en su inserción en la burocracia cortesana, ya sea a una escala intermedia o en los altos rangos de la corte imperial. La desaparición de ésta obligó a un progresivo cambio de las funciones políticas que cumplían las clases curiales en relación con los intereses económicos estatales centrados esencialmente en la recolección del tributo. La transformación de la *civitas* se corresponde entonces con estas modificaciones que sufre el paisaje social de la aristocracia terrateniente. Las cartas de Sidonio en última instancia son el síntoma que expresa las transformaciones que se están operando en el occidente romano durante el siglo v.

¿En qué sentido podemos decir que analizamos desde el punto de vista económico a la ciudad antigua? La ciudad-estado es una asociación comunitaria que se apropia colectivamente de recursos económicos y sociales especialmente a través de mecanismos militares¹¹⁰. La competencia por el acceso a los recursos del Estado (sinónimo de los ciudadanos de diferentes clases sociales) y su redistribución se implementa a través de mecanismos políticos. La particularidad de la ciudad antigua clásica es que constituye una asociación política, religiosa y militar; y en ese sentido posee una existencia económica. Marx señala en las *Formen* que «como resultado de la concentración en la ciudad, la comunidad como tal posee una existencia económica; la mera existencia de la ciudad como tal es diferente de la mera pluralidad de casas independientes. En este caso, el todo no consiste en sus partes. Es una especie de organismo autónomo»¹¹¹. Esto no es muy distinto de la idea de la ciudad como *asociación económica* que plantea Weber: cuando existe una política económica urbana orientada a satisfacer las necesidades, es decir una *regulación* de las relaciones de cambio y de producción, y por eso entiende que el concepto de ciudad tiene que ser acomodado, además de a los conceptos económicos, a los conceptos político-administrativos¹¹². La diferencia es que aquí Marx está pensando el conjunto de estas relaciones como sistema social o modo de producción, mientras

109. Para LEVEAU, PH.: «La ville antique...», pp. 935-936, la ciudad continúa representando en el fin de la antigüedad un ideal político y cultural, pero su utilidad para el estado disminuyó. Mientras en el alto imperio la ciudad estaba en el centro de la recaudación de la renta territorial bajo dos aspectos, uno relacionado con el dominio (recolección de las ganancias de los propietarios) y otro fiscal (reemplazo del estado en la recolección del impuesto). Pero el rol de la fiscalidad progresivamente pasa a mano de los *potentes* disminuyendo relativamente el papel de las ciudades.

110. Doy por supuesto que en su mayor parte está conformada por una clase ciudadana de productores campesinos pequeños propietarios que producen a escala individual para garantizar su autosubsistencia, y que el grupo ciudadano puede incluir sectores que no son propietarios de los medios de producción.

111. MARX, C.: «Formas que preceden a la producción capitalista», en ÍD.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857/8*. Siglo XXI, México, 1971, I, pp. 433-477, 442.

112. WEBER, M.: *Economía y Sociedad*, pp. 943-945.

Weber se limita al marco más acotado de la ciudad como espacio físico¹¹³. Esta «economía» de la ciudad, es en realidad una «economía política» que explica el conjunto de las relaciones sociales de la ciudad-estado, lo que es significativamente diferente del desarrollo de relaciones mercantiles pensadas como «economía» o «esfera económica independiente». Las relaciones mercantiles tienen un lugar en la economía política de la ciudad-estado en tanto y en cuanto son la expresión de relaciones de circulación y distribución de la renta precapitalista dentro de los marcos que ya hemos desarrollado más arriba¹¹⁴. En ningún caso, según ya ha sido señalado, estas relaciones presuponen un intercambio de equivalentes, sino lo contrario, por lo cual en general son también la expresión de formas de apropiación de excedentes. Por lo tanto, si bien resulta evidente que existen desarrollos mercantiles en el mundo antiguo, tanto en el ámbito de la ciudad, como de los *vici* y las *villae*, no podemos pretender explicar el lugar de la ciudad en el mundo antiguo a partir de estos elementos, que son, más bien, el producto de las relaciones sociales de producción, es decir de la «economía política» de la ciudad-estado.

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, S.: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Barcelona, 1982.
- ANDREAU, J.: «M. I. Finley: La banque antique et l'économie moderne», *Annali della Scuola Normale di Pisa* VIII.3, 1977, pp. 1.129-1.152.
- ANDREAU, J.: «La cité antique et la vie économique», en *La Città antica? La cité antique?*, Opus, VI-VIII, 1987-1989, pp. 175-185.
- ANDREAU, J.: «Twenty Years after *The Ancient Economy*», en SCHEIDEL y VON REDEN: 2002, pp. 33-49.
- ANNEQUIN, CLAVEL-LEVEQUE y FAVORY: «Presentación: Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica», en ANNEQUIN y OTROS: *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica*. Akal, Madrid, 1979.

113. De allí que MARX, C.: «Formas...», I, p. 443, incluya necesariamente la relación con el entorno rural, porque es en ese espacio donde se organizan las relaciones de producción en sentido estricto: «En el mundo antiguo, la ciudad con sus tierras colindantes es el todo económico; en el mundo germánico, el domicilio individual, que sólo aparece como un punto en la tierra que le pertenece; no una concentración de muchos propietarios, sino una familia como unidad autónoma». LEVEAU, PH.: «La ville antique...», p. 921, trata de superar las nociones peyorativas que se desprenden de la idea de una «ciudad parásita», como «ciudad rentista» o «ciudad consumidora», pero que sin embargo ocultan –según el autor– el rol organizador que le cabe a la ciudad. Si bien es verdad que la ciudad antigua vivía de la renta sobre la tierra, cree poder recuperar la evidencia de una relación activa con el espacio rural a partir de la arqueología, y con el apoyo de la geografía y la sociología urbanas. De esta manera apunta a sobrepasar la dicotomía urbano/rural demostrando que en realidad se trata de formas de organización del espacio ligadas a la evolución de la sociedad. Para el caso de Roma el autor desarrolla la tesis de que la toma de posesión sobre el espacio rural se hace desde la ciudad pero a través de las *villae* (pp. 922 y ss.), fenómeno histórico que estaría ligado a un momento de la evolución de la sociedad romana que corresponde al período que va del siglo II a. C. al III d. C., p. 925.

114. Para el caso de las relaciones mercantiles con países lejanos AMIN, S.: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Barcelona, 1982, 68, dice que «un punto no menos esencial es en qué medida la sociedad vive de un excedente formado por ella misma y, al contrario, en qué medida vive de un excedente procedente de otra sociedad; dicho en otros términos, qué lugar relativo ocupa el comercio con los países lejanos en dicha formación». El autor desarrolla así el concepto de formaciones tributario-mercantiles: Íd., pp. 69-71.

- ASTARITA, C.: «La discutida universalidad del modo de producción tributario», *Studia Historia Hist. Med.* 12, 1994, pp. 191-201.
- BANAJI, J., Review: *The Economy and Society of Pompeii* by W. Jongman, *JRS*, 79, 1989, pp. 229-231.
- BRESSON, A.: *La cité marchande*. Bordeaux, 2000.
- BRUHNS, H.: «Max Weber, l'économie et l'histoire», *Annales HSS*, 51, 1996, pp. 1259-1287.
- BURKE, E. M.: «The Economy of Athens in the Classical Era: Some Adjustments to the Primitivist Model», *TAPhS*, 1992, pp. 199-226.
- CARTLEDGE, P.: «The Economy (Economies) of Ancient Greece», en SCHEIDEL & VON REDEN: 2002, pp. 11-32.
- CHAYANOV, A. V.: «Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas», en AA.VV.: *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. Cuadernos de Pasado y Presente. México, 1981, pp. 49-76.
- CHAYANOV, A. V.: *La organización de la unidad económica campesina*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.
- COLOMBO, O.: «La ley del valor en los mercados campesinos precapitalistas», inédito, 2007.
- DE COULANGES, F.: *La ciudad antigua*. Península, Barcelona, 1984.
- DE LIGT: *Fairs and Markets in the Roman Empire*. Amsterdam, 1993.
- ENNEW, J.; HIRST P. y TRIBE K.: «"Peasantry" as an Economic Category», *JPS*, vol 4, n.º 4, 1977, pp. 295-322.
- FINLEY, M. I.: «Max Weber y la ciudad-estado griega», en ÍD., *Historia antigua. Problemas metodológicos*. Crítica, Barcelona, 1986, pp. 133-156.
- FINLEY, M. I.: «La ciudad antigua: de Fustel de Coulanges a Max Weber y más allá» en ÍD.: *La Grecia antigua: Economía y sociedad*. Crítica, Barcelona, 1984, pp. 35-59.
- FINLEY, M. I.: *La economía de la antigüedad*, FCE, 1982.
- GALLANT, T. W.: *Risk and survival in ancient Greece. Reconstructing the rural domestic economy*. Cambridge, 1991.
- GARCÍA MAC GAW, C. G. (2003a), «Roma: La crisis del siglo III y el Modo de Producción Tributario», en HALDON & GARCÍA MAC GAW (2003), pp. 97-119.
- GARCÍA MAC GAW, C. G., «Conclusiones. Sobre la importancia de los elementos superestructurales en la caracterización de los modos de producción», en HALDON & GARCÍA MAC GAW (2003), pp. 219-232.
- GODELIER, M.: *Racionalidad e irracionalidad en economía*, Siglo XXI, México, 1975.
- GORDON CHILDE, V.: «The Urban Revolution», *Town Planning Review*, vol. 21, 1950, pp. 3-17.
- HALDON, J. y GARCÍA MAC GAW, C. G. (eds.): *El modo de producción tributario*, en *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna* 35, Univ. de Buenos Aires, 2003, pp. 7-232.
- HALDON, J. y OTROS, «El modo de producción tributario: una discusión interdisciplinaria», en *Hispania*, 58/3, 1998, n.º 200.
- HANSEN, M. H.: «The Concept of the Consumption City Applied to the Greek City», en NIELSEN, T. H.: *Once Again. Studies in the Ancient Greek Polis*. Stuttgart, 2004, pp. 9-47.
- HOPKINS, K.: «Taxes and Trade in the Roman Empire», *JRS*, 70, 1980, pp. 101-125.
- HOPKINS, K.: «Rome, Taxes, Rents and Trade», en SCHEIDEL y VON REDEN: pp. 190-230.
- LEPELLEY, C.: *Les cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire*, 2 vol. París, 1979-1981
- LEVEAU, PH.: «La ville antique et l'organisation de l'espace rurale: villa, ville, village», *Annales ESC*, 4, 1983, pp. 920-942.
- LEVEAU, PH.: «La ville antique, "ville de consommation"? Parasitisme social et économie antique», *Etudes rurales*, 89-90-91, janv.-sept. 1983, pp. 275-289.
- LEVEAU, PH.: «La ville romaine et son espace rural. Contribution de l'archéologie à la réflexion sur la cité antique», en *La Città antica? La cité antique?*, *Opus*, VI-VIII, 1987-1989, pp. 87-100.

- MARX, C.: «Formas que preceden a la producción capitalista», en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857/8*, Siglo XXI, México, 1971, pp. 433-477.
- MARX, C.: *El capital*, 3 vols. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- MEILLASSOUX, C. Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'auto-subsistance, *Cahiers d'études africaines*, 1-4, 1960, pp. 38-67.
- MEILLASSOUX, C.: *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México, 1985.
- MILLAR, F.: *The Crowd in Rome in the Late Republic*. Michigan, 2001.
- PATTERSON, O.: *Slavery and Social Death*, Cambridge-London, 1982.
- POLANYI, K.: *El sustento del hombre*, Barcelona, 1994.
- REDMAN, Ch.: *Los orígenes de la civilización*, Crítica, Barcelona, 1990.
- SAHLINS, M.: *Economía de la edad de piedra*, Madrid, 1983.
- SALMON, J., «The Economic Role of the Greek City», *Greece & Rome*, 46.2, oct. 1999, pp. 147-167.
- SHANIN, T.: «Peasantry: delineation of a sociological concept and a field of study», *European Journal of Sociology*, 2, 1971, pp. 289-300.
- TANNENBAUM, N.: «Chayanov and economic anthropology», en DURRENBERGER E. P. (ed.): *Chayanov, peasants, and economic anthropology*. San Diego, 1984, pp. 27-38.
- VERA, D.: «Schiaivù rurale e colonato nell'Italia imperiale», *Scienze dell'Antichità. Storia, archeologia, antropologia*, 6-7, 1992-1993, pp. 291-339.
- VILAR, P.: «Reflexiones sobre la "crisis de tipo antiguo", "desigualdad de las cosechas" y "subdesarrollo"», en ÍD., *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades*. Barcelona, 1983.
- VILAR, P.: «¿Economía campesina?», en ÍD.: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1980, pp. 265-311.
- WEBER, M.: «La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales», en AA.VV.: *La transición del esclavismo al feudalismo*. Madrid, 1981, pp. 35-57.
- WEBER, M.: *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, 1987.
- WHITTAKER, C. R.: «Do theories of the ancient city matter?», en ÍD.: *Land, City and Trade in the Roman Empire*. Variorum Reprints, Hampshire, IX, 1999, 1-20 [1ª Ed.: Cornell T. J. y Lomas H. K.: *Urban Society in Roman Italy*, London, 1993].
- WHITTAKER, C. R.: «The consumer city revisited: the *vicus* and the city», en ÍD.: *Land, City..., op. cit.*, VIII, pp. 110-117 [1ª Ed.: *Journal of Roman Archaeology*, 3, 1990].
- WICKHAM, CH.: «Marx, Sherlock Holmes, and Late Roman Commerce», *JRS*, 78, 1988, pp. 183-193; (reseña sobre GIARDINA A. (ed.): *Società Romana e Impero Tardoantico. III. Le Mercì. Gli Inseguimenti*. Roma-Bari, 1986).
- WICKHAM, CH.: *Framing the Early Middle Ages*. Oxford, 2005.
- WORSLEY, P.: «Economías campesinas», en SAMUEL, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, 1984, pp. 169-176.